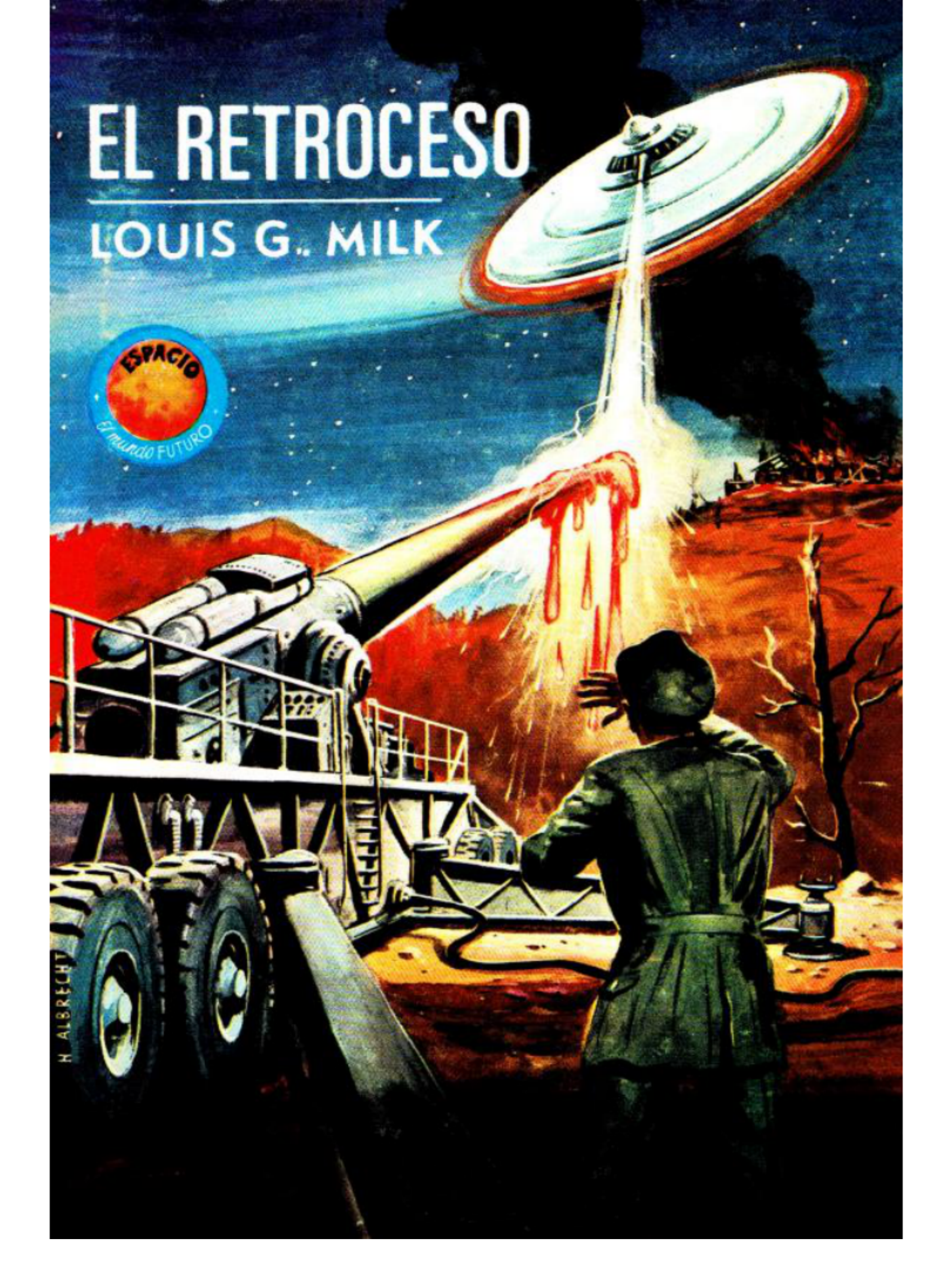

EL RETROCESO
LOUIS G. MILK
ESPACIO
El mundo FUTURO
H. ALBRECHT

Louis G. Milk

EL RETROCESO

EDICIONES TORAY
Arnaldo de Oms, 51-53 — Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA — BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. - 20507 - 1966

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau, 20 — Barcelona

Capítulo primero

Gateando, el hombre salió a la superficie por un agujero situado entre matorrales y arbustos. Caminaba a gatas y parecía ciego.

Exhausto, se derrumbó en el suelo. Sollozaba.

Tenía las ropas hechas jirones, el pelo le llegaba hasta los hombros y la barba le había crecido de forma desmesurada. En torno a sus caderas llevaba un ancho cinturón con algunos pequeños aparatos científicos.

Sorprendentemente, la piel del hombre era blanquísima, como si jamás hubiese conocido el sol ni el aire libre. Era una tonalidad enfermiza, casi repelente.

El sol brillaba con fuerza en lo alto. Soplaba una fresca brisa, volaban algunas mariposas y las abejas zumbaban en busca de flores. No lejos de allí, pasaba un arroyo de aguas murmurantes, a través de un prado de fresca hierba.

Delny Saldon permaneció más de una hora tendido en el suelo, después de que el llanto que le había acometido al volver a la superficie hubiera cesado.

Habían sido lágrimas de alegría, tras haberse creído irremisiblemente perdido.

Al cabo de ese tiempo y con grandes precauciones, entreabrió los ojos.

Volvió a cerrarlos casi de inmediato. Le molestaba terriblemente el fulgor del sol, que brillaba radiante en lo alto del cielo.

No podía soportar aquel brillo deslumbrador. Pero se dio cuenta de que tampoco podía continuar en aquel sitio por más tiempo.

A tientas, se arrancó la manga izquierda de la camisa. Luego hizo una especie de venda, con dos diminutas aberturas en el lugar de los ojos.

Así pudo ponerse en pie y caminar hasta la orilla del arroyo, en el que sació su sed y limpió un poco su cuerpo de la suciedad. Respiraba lenta y profundamente, llenándose los pulmones con un aire perfumado, como hacía más de dos años que no respiraba.

Luego continuó su camino. El lugar le resultaba desconocido por completo.

Era la primera vez que estaba allí. Pero sabía, por una simple deducción, que el curso de la corriente de agua acabaría pasando por algún lugar habitado.

Acertó. Media hora después, divisó una casa blanca, con techo rojo, en medio del valle. Nuevas lágrimas de alegría brotaron de los doloridos ojos de Delny Saldon.

La casa estaba en la margen opuesta del arroyo. Un rústico puentecillo de tablas y barandilla de ramas de árbol salvaba el obstáculo.

Saldon cruzo el puente. Ladró un perro.

Dos personas salieron de la casa: un hombre y una mujer. El hombre tenía una escopeta en las manos.

Saldon levantó una mano.

— Por favor… —jadeó—. Soy amigo… amigo…

De pronto, todo giró de modo vertiginoso a su alrededor, Vio que el cielo oscurecía y se venció hacia delante. Ni siquiera notó ya el contacto de su cara con la hierba.

Impulsivamente, la mujer corrió hacia él.

— Ven, Juan —gritó a su marido—; ayúdame. Ese hombre debe de estar enfermo.

Juan Lozano y su esposa Rosalía constituían un matrimonio todavía joven, ya que ninguno de los dos había cumplido aún los cuarenta años. Ella era bastante agraciada y aún conservaba la finura de la silueta que había hechizado a Juan en sus tiempos mozos.

Rosalía llegó junto al caído y le volvió boca arriba. Una expresión compasiva se dibujó en su lindo rostro.

— Pobrecillo — dijo en tono conmiserativo —, cuánto ha debido de padecer. ¿De dónde habrá salido, Juan?

Lozano meneó la cabeza.

— No lo sé, nunca lo había visto — contestó. Y agregó —: Cualquiera diría que ha surgido del fondo de la tierra.

En aquellos momentos, Juan Lozano ignoraba que sus palabras, pronunciadas en sentido metafórico, no eran sino la expresión de la más absoluta verdad.

Entregó la escopeta a su mujer.

— Toma —dijo—. Yo lo llevaré a casa.

Cargó con el cuerpo inanimado de Saldon. Le fue relativamente fácil, ya que Saldon estaba muy delgado y su peso no resultaba excesivo.

— Llamaremos por radio al doctor Zamora — dijo, mientras caminaba hacia la casa.

— De acuerdo, Juan — contestó Rosalía.

* * *

¡INCREÍBLE! ¡SENSACIONAL!
¡APARECE UN SUPERVIVIENTE DE LA EXPEDICIÓN WOAMAS!
¡BATIDO EL «RECORD» MUNDIAL DE PROFUNDIDAD BAJO TIERRA!
LA EXPEDICIÓN WOAMAS ALCANZÓ LA COTA NEGATIVA DE 732 KILÓMETROS ¿QUEDA ALGÚN SUPERVIVIENTE A CIENTOS DE KILÓMETROS BAJÓ LA SUPERFICIE TERRESTRE?
DECLARACIONES DE DELNY SALDON, ÚNICO SUPERVIVIENTE DE LA EXPEDICIÓN WOAMAS. SALDON ELUDE HACER DECLARACIONES COMPROMETEDORAS ¡EXIGIMOS UNA INVESTIGACIÓN A FONDO!

Los ojos de Delny Saldon aparecían protegidos por unas gruesas gafas negras.

El joven se hallaba sentado en un estrado, frente a una mesa alargada, tras la cual se hallaban media docena de personas, dos de las cuales eran mujeres.

Aquellas personas eran los miembros del Consejo Directivo de la Fundación Woamas y administradores de sus fondos monetarios.

En uno de los lados, una secretaria, provista de una estenotipia, registraba minuciosamente las preguntas y respuestas. No había nadie más en la sala.

Los periodistas aguardaban impacientes en el exterior. Siendo la Fundación una entidad de carácter privado, no tenían derecho a presenciar la sesión. Los miembros del Consejo Directivo habían acordado que la investigación, en lo que a ellos concernía, se llevara a cabo a puerta cerrada.

No obstante, todos los días, después de cada sesión, emitían un comunicado a la prensa. En cuanto a las posibles responsabilidades criminales de Saldon, habían sido desechadas rápidamente por un juez especial nombrado al efecto.

Pero Saldon debía responder de sus acciones ante la Fundación, ya que había sido, hasta cierto punto, un empleado de la misma.

El presidente del Consejo se inclinó hacia delante.

— Señor Saldon, usted ha declarado que la cota de profundidad máxima a que llegaron en su exploración subterránea fue de setecientos treinta y dos kilómetros.

— Así es, señor presidente — contestó el joven.

— ¿Cómo llegaron a establecer dicha cifra?

— Por medio del profundímetro del profesor Ciphor, basado en la presión atmosférica, que va aumentando, naturalmente, a medida

que se gana en profundidad.

Uno de los miembros preguntó:

— Estuvo bajo tierra durante dos años largos. Eran nueve los expedicionarios, ¿no es así?

— En efecto, señor.

— Es de suponer que fuesen muy cargados con los equipos. Pero abajo, a setecientos kilómetros de profundidad, no hay animales que cazar para alimentarse.

— Así es.

— Entonces, ¿qué comían?

— Usábamos el transformador proteínico del profesor Ciphor.

— Debe de ser un aparato muy interesante — observó la señora Grey, otro de los miembros del Consejo.

— Aunque parezca mentira, sí, en algunos sitios. Encontramos hielo cuya edad calculamos en algunos decenas de miles de años.

— Entonces, fundiéndolo, obtendrían agua para sus necesidades más perentorias.

— El transformador antes citado nos proporcionaba agua, señor Dodd, si era necesario.

De nuevo intervino el presidente, tras hojear unos papeles que tenía sobre la mesa.

— Aquí dice que se produjo un derrumbamiento inesperado, que sepultó a siete de los miembros de la expedición. ¿Cuándo ocurrió eso?

— Aproximadamente, a unos quinientos kilómetros de la superficie, cuando ya habíamos iniciado el regreso.

—Eso significa que sólo se salvaron usted y otro de los expedicionarios, precisamente, Bert Woamas.

— Woamas quedó muy mal herido.

— ¿Cuál era la gravedad de sus lesiones? — inquirió la señora Grey.

— Cuando yo le dejé, agonizaba.

— ¿Es usted médico?

— No, señora.

— Entonces, ¿cómo puede afirmar tal cosa?

Saldon procuró dominar el enojo que le producía semejante pregunta.

— Se veía claramente, señora.

— Pero sólo usted lo vio. Woamas, ¿estaba consciente o inconsciente cuando se separaron?

— Consciente, y conocedor, además, de su estado. Me ordenó que me marchara, ya que en cualquier momento podía producirse

otro derrumbamiento y aplastarme las rocas. La tierra temblaba con mucha frecuencia.

— ¿Ha dicho ordenó? — preguntó John Farrash, otro de los miembros del Consejo.

— En efecto. Ésa es la palabra que he pronunciado.

— ¿No pudo usted haber efectuado algún esfuerzo suplementario para salvarlo?

— Alguien tenía que volver a la superficie — respondió el joven secamente.

Los miembros del Consejo cuchichearon entre sí.

Al cabo de un rato, el presidente se enfrentó con el joven.

— Señor Saldon, este Consejo Directivo ha acordado declararle libre de culpa, en lo que se refiere a su actuación durante la desdichada expedición al interior de nuestro planeta. No se puede probar que haya actuado con negligencia ni tampoco que ésta deba ser calificada de criminal. Estimamos que hizo cuanto estuvo en sus manos... pero toda relación suya con la Fundación queda cortada a partir de este momento. Eso es todo.

Saldon se puso en pie.

— Muchas gracias —contestó—. ¿Puedo añadir unas palabras? Seré conciso — prometió.

— Hable — accedió el presidente.

— Esa declaración que acaban de hacer, aun quedando libre de culpa, encierra, sin embargo, una implícita afirmación de culpabilidad. No obstante, juro por mi honor que me considero inocente. No tengo más que decir. Muchas gracias de nuevo.

El presidente inclinó la cabeza. Luego golpeó la mesa con el mazo.

— Ha terminado la sesión — declamó.

Entonces, Delny Saldon giró sobre sus talones y se dispuso a enfrentarse con los periodistas.

CAPÍTULO II

Pat Crowan, jefe de observadores del Observatorio Extrasolar Número Uno, se acercó al tablero de instrumentos y frunció el ceño.

— Acércate, Li — dijo.

Li-Huan era otro de los miembros del equipo. Estaba haciendo cálculos con papel y lápiz, y se levantó, para aproximarse a Crowan.

— ¿Qué ocurre, Pat? — preguntó.

— Mira — dijo Crowan por toda respuesta.

El rostro de Huan se ensombreció.

— Los síntomas se acentúan — murmuró.

El tercer miembro del equipo, Pedro Atoiaski, apareció en aquel momento y se unió a los otros dos.

— ¿Creéis que debemos emitir un informe con estas observaciones? — preguntó.

— A mí me parece un poco prematuro — contestó Crowan.

— Podríamos esperar un par de semanas todavía — sugirió Li-Huan.

Atoiaski asintió pensativamente.

— Pero las gráficas siguen indicando una constante aproximación de la corriente de carbono — dijo.

— Aún es pronto para calcular su intensidad. Tal vez no se trate más que de una corriente de intensidad menos ciento doce — apuntó Crowan.

Una aguja se movió de pronto en una de las esferas indicadoras.

— Mirad —exclamó Li-Huan—. La aguja ha subido a menos ciento nueve.

— Y en un segundo tan sólo —dijo Atoiaski en tono lleno de preocupación—. Lo corriente es que el aumento de intensidad se produzca por décimas de grado. Nunca había visto aumentar tres grados de golpe.

El observatorio disponía de un par de grandes ventanales, que permitían una magnífica visión del cielo estrellado. Las miradas de los tres hombres se dirigieron a un mismo punto del espacio.

— La corriente viene de la constelación del Cisne — murmuró Crowan—. ¿Cuántos años llevará circulando por el espacio?

— ¿Años? —replicó Huan—. Di mejor siglos, Pat.

— Su velocidad es ligeramente inferior a la de la luz — añadió Atoiaski.

Crowan asintió. Sí, en aquel remoto y profundo rincón del cielo

se había producido siglos antes una explosión estelar, que había lanzado al espacio sus residuos, uno de los cuales era la corriente de átomos de carbono que se acercaba al Sistema Solar inexorablemente.

La aguja marcó de pronto la cifra ciento ocho.

— Si sigue así, emitiremos el informe pasado mañana — decidió Crowan —. Los efectos de esa corriente de carbono son impredecibles, pero, por lo mismo, debemos evitar cualquier noticia que tienda a producir un pánico general.

— ¿Nos pasaría algo a nosotros? — preguntó Huan un tanto preocupado.

Crowan calló.

El observatorio Extrasolar Número Uno se hallaba a tres mil millones de kilómetros más allá de la órbita de Plutón.

— No lo sé — dijo al cabo—. Pero donde no me gustaría estar es allá abajo.

«Allá abajo» era la Tierra, a casi nueve mil millones de kilómetros de distancia.

— ¿Cuánto tardaría la corriente en alcanzar el Sol? — preguntó Atoiaski.

— De ocho a diez meses. La cifra es impredecible con exactitud.

De nuevo volvió el silencio. Los tres observadores se daban cuenta de que estaban en vísperas de una posible catástrofe.

De repente, el tañido de una campana atrajo su atención.

— ¿Quién viene por aquí ahora? — exclamó Huan, lleno de asombro.

Atoiaski se lanzó hacia las pantallas detectoras.

— ¡Una astronave! — dijo.

—¿Cómo? — se asombró Crowan —. La nave del correo y las provisiones no llegará hasta dentro de cinco semanas.

— ¿Quién es el chiflado que anda rondando por esta parte del espacio? — gruñó Huan.

— Conecta el visor telescópico, Li — pidió Crowan.

Momentos después, tenían la nave a la vista. Una lámpara de color ámbar empezó a oscilar de pronto en el cuadro de instrumentos.

Huan conectó la radio.

— Habla el O.E.S. número úno —dijo—. ¿Quién es? Identifíquese, por favor.

— Astronave «Escalda», capitán Marny, propietario, Alain Vandervreuch. Nos encontramos en dificultades. Rogamos permiso para aterrizar y proceder a la reparación de averías. Contesten

urgentemente.

Crowan tomó el micrófono.

— Atención, «Escalda». Enterados de su petición. Estén atentos a nuestras señales para indicarles el lugar de aterrizaje. ¿Les funciona el radar de aproximación?

— Sí.

— Muy bien. Vamos a auxiliarles. Sigan nuestras instrucciones al pie de la letra.

— Enterado y gracias. Adelante, O.E.S. número uno.

* * *

Alain Vandervreuch tomó la copa que le ofrecían y bebió su contenido con verdadero placer.

Era un hombre de unos cuarenta años, alto, delgado, de ojos vivos y penetrantes, y labios que componían casi siempre una mueca sardónica. A Crowan se le hizo antipático desde el principio, aunque, cortés, procuró disimular sus sentimientos.

— Ha sido una verdadera fortuna tropezar con ustedes — dijo Vandervreuch—. Francamente, estábamos en un verdadero apuro.

— Lo que no comprendo —dijo Huan—, es qué hacían en esta parte del espacio tan solitaria. Es la primera vez que una nave no oficial llega a tanta distancia de la Tierra.

Vandervreuch emitió una sonrisa de suficiencia.

— Tengo importantes negocios — contestó en forma un tanto evasiva —. Y ustedes saben que este asteroide no es el único que hay fuera de la órbita de Plutón.

— En efecto — contestó Huan —. Hay muchos asteroides, que, por su tamaño, son casi verdaderos planetas. Pero no resulta fácil encontrarlos y, además, son inhabitables.

El belga metió la mano en su bolsillo y extrajo algo que depositó sobre la mesa. Eran unas piedrecitas muy brillantes, algunas de tonos rojos y otras verdes, pero la mayoría eran blancas.

Huan silbó.

— Piedras preciosas — dijo.

— Exactamente —contestó Vandervreuch, sin dejar de sonreír—. Un sencillo cálculo lleva a la conclusión de que estos asteroides, hace tal vez millones de años, cuando formaban parte de algún planeta, estuvieron sometidos a tremendas presiones, del orden de miles de kilos por centímetro cuadrado. La presión produce, a veces, curiosos efectos, cuyas consecuencias tocan ustedes en estos momentos.

— ¿Y cómo supo usted que podía haber piedras preciosas por... por ahí? — preguntó Crowan.

— Bueno, se me ocurrió organizar una expedición. Soy negociante, no lo olviden. Invierto mi dinero para obtener beneficios. A veces fracaso, pero, sin ánimo de ser inmodesto, diré que mis fracasos pueden, contarse con los dedos de la mano.

— Lo cual significa que siempre obtiene beneficios — dijo Huan.

— Más o menos, así es — admitió Vandervreuch muy complacido.

«Es un judío», pensó Crowan.

— Pero una expedición extrasolar cuesta mucho — habló en voz alta.

— Los beneficios cubrirán de sobra todos los gastos. Además, el que no se arriesga en los negocios, no puede nunca llegar a triunfar.

En aquel momento, se acercó Atoiaski.

— El indicador está en menos ciento tres — dijo.

Crowan frunció el ceño.

— La corriente sigue su avance — murmuró.

— Sí — confirmó Atoiaski.

— ¿De qué corriente hablan ustedes? — quiso saber Vandervreuch.

— Hace siglos, en la constelación del Cisne, se produjo una explosión estelar. Uno de sus efectos secundarios fue el lanzamiento al espacio de una corriente de átomos de carbono — respondió Crowan.

— ¿Y qué más?

— Bueno, la corriente se dirige hacia el Sol. Depende de que lo alcance de lleno o que sólo roce sus bordes.

— Yo opino que rozará sus bordes —dijo Atoiaski—. El centro de la corriente sigue una dirección muy definida.

— ¿Y qué sucederá entonces?

— Si la corriente se dirigiera rectamente hacia el centro del Sol, los átomos de carbono provocarían un inusitado aumento en las reacciones termonucleares que se están produciendo en el astro sin cesar.

— Y el Sol se convertiría en una nova, que abrasaría el Sistema Solar — explicó Huan.

Vandervreuch se quedó mirando a los tres hombres con expresión horrorizada.

— ¿Es posible? — preguntó.

— Mi opinión es que sólo habrá un ligero aumento de temperatura. Pero en la Tierra se asarán... bueno, hablo

metafóricamente. De todas formas, no lo pasarán bien — contestó Crowan en tono evasivo.

El capitán de la «Escalda» entró en aquel momento.

— La avería estará reparada dentro de cuarenta y ocho horas, señor Vandervreuch — informó.

— Muchas gracias, capitán — contestó el negociante.

* * *

Dos días después, Crowan pudo emitir un informe definitivo. Vandervreuch estaba presente cuando el jefe del Observatorio, tras compulsar sus últimos datos, dijo:

— La temperatura en la superficie de la Tierra alcanzará una media de ciento ochenta a doscientos treinta centígrados, según las regiones.

— Lo que significa que todo el que no esté convenientemente protegido, morirá — opinó Vandervreuch.

— En efecto — ratificó el jefe del Observatorio.

— ¿Y cuándo empezarán a notarse los primeros síntomas de la elevación de temperatura?

— Dentro de unos seis meses. El clímax se alcanzará otros seis meses después.

Vandervreuch reflexionó unos momentos.

— Cuando la noticia se sepa, el pánico será general — murmuró.

— Horrible — corroboró Huan.

— Pero habrá algún medio de escapar a esa muerte tan espantosa — dijo el traficante.

— En mi opinión, sólo uno, aparte de quedarse en estos parajes — respondió Crowan.

— ¿Cuál, por favor?

Esconderse bajo tierra, cuanto más hondo, mejor.

De nuevo se produjo otra pausa de silencio.

— ¿Han enviado ustedes su informe? — preguntó Vandervreuch.

— No. Ahora lo redactaremos y lo enviaremos a la Comisión de Observación Extrasolar. El primer mensaje llegará a Plutón, de aquí será retransmitido a la próxima estación, situada en Urano, y así sucesivamente.

Vandervreuch emitió una sonrisita de circunstancias.

— Así que, después de todo, los diamantes que he hallado no me van a servir para nada.

— No, para nada — confirmó Atoiaski con voz lúgubre.

— Y ustedes, ¿qué harán?

— Permanecer aquí... y luego morirnos de hambre, porque ya no podrán enviarnos provisiones desde la Tierra —respondió Crowan sin inmutarse—. Ni a nosotros, ni a las restantes colonias del sistema solar.

— Una perspectiva muy poco agradable —murmuró Vandervreuch, poniéndose en pie—. Creo que en mi nave tengo una botella de un vino especial. Voy a traerla para brindar con ustedes por última vez.

— ¿Piensa volver a la Tierra? — preguntó Huan.

— ¿Adónde puedo ir, si no? Yo también me encuentro en sus mismas condiciones. Tengo los víveres justos para el viaje de vuelta y... Pero olvidemos eso por un momento. Voy a por el vino.

Vandervreuch regresó quince minutos más tarde y llenó cuatro copas.

— Buena suerte, amigos — dijo.

Pero no bebió. Los tres observadores, sí lo hirieron.

Un minuto después, había tres cadáveres en el Observatorio.

— No quiero que la noticia se extienda — dijo Vandervreuch con ferocidad en su voz.

La «Escalda» zarpó media hora después. Apenas habían recorrido un par de miles de kilómetros, se produjo un brillante relámpago en el cielo.

— ¿Qué ha sido eso? — preguntó Vandervreuch en tono inocente.

El capitán Marny sacudió la cabeza.

— Algunos técnicos no tienen de tales sino el nombre —contestó—. Para mí, la estación ha saltado en mil pedazos.

— ¡Pobres! —suspiró Vandervreuch con hipocresía—. Informaremos al Observatorio de Plutón.

— Sí, señor.

CAPÍTULO III

Delny Saldon se detuvo a la entrada del puente. El perro ladró.

Saldon usaba todavía gafas oscuras. A la espalda, llevaba una mochila conteniendo un reducido equipaje.

Rosalía salió a la puerta de la casa y se puso la mano sobre los ojos a guisa de pantalla. Saldon agitó la mano.

— ¡Delny! — exclamó la buena mujer, llena de alegría.

Saldon cruzó el puente. Rosalía corrió hacia él y le estrechó ambas manos con gesto efusivo.

— ¡Cuánto me alegro de verle! — dijo, sonriendo —. ¿Qué idea le ha dado de venir por aquí, Delny?

— Ustedes fueron muy buenos conmigo —sonrió el joven—. Tal vez me exceda, pero pensé que una temporada de aislamiento y descanso en su casa, me sentaría muy bien. Es decir, si quieren tomarme como huésped.

— ¡Pues claro que sí, Delny! Ya se lo dijimos cuando se marchó, y el ofrecimiento no fue mera fórmula. Venga, por favor.

Saldon sonrió.

— ¿Dónde está Juan?

— Volverá en seguida. Fue a abrir la compuerta de una acequia para regar el prado.

Entraron en la casa. Saldon se quitó la mochila.

Paseó la mirada por la sala, amueblada con sencillez, pero limpia y acogedora.

— Le pondré un vaso de vino de nuestras viñas — ofreció Rosalía.

Saldon extrajo unos billetes y los depositó sobre la mesa. Rosalía vio el dinero al regresar con la botella y el vaso.

Se enfadó.

— Guarde ahora mismo esos billetes o le echaré de casa — dijo.

— Está bien — sonrió el joven —. No quise ofenderla, Rosalía.

Bebió un sorbo de vino y chasqueó la lengua.

— Es muy bueno — alabó.

— Juan lo hace a conciencia. No tiene ni una gota de agua.

Hubo un momento de silencio. Rosalía parecía sentirse aprensiva.

— Ha leído los periódicos, ¿no? — dijo Saldon al cabo.

— Sí — contestó ella —. Opino que hizo lo que debía, Delny. Y soy sincera, se lo aseguro.

— Gracias. — Saldon se sentó —. No fue agradable tener que tomar una decisión semejante.

— Comprendo.

El perro ladró en aquel momento.

— Ya vuelve Juan — dijo la mujer.

Lozano apareció a poco en el umbral. Sus ojos se iluminaron al ver a Saldon.

— Delny, muchacho — exclamó, palmeándole las espaldas—. ¿Cómo por esta casa?

— Ha venido a descansar, Juan — explicó Rosalía.

— Si me admiten como huésped una temporada — añadió Saldon.

— Todo el tiempo que quiera, Delny —contestó Lozano—. Ésta es su casa.

— Gracias. — Saldon se sentía conmovido —. Rosalía no quiso aceptarme ningún dinero.

— No se puede admitir dinero de un amigo — dijo Lozano.

— Bien, pero al menos, me permitiréis que os pague de otro modo.

— ¿Cómo? — preguntó Rosalía, curiosa.

— Trabajando en vuestras tierras.

— Dijiste que venías a descansar — recordó Lozano, tuteándole de repente.

— Sí, pero no a tumbarme a la bartola. El trabajo de agricultor me distraerá muchísimo.

Los dos esposos se quedaron serios un momento.

Saldon quería olvidar los terribles momentos pasados en el interior del planeta.

— Está bien — accedió Lozano al cabo —. Pero sin matarte.

— Por supuesto — sonrió Saldon.

— Además, la caza es abundante. Cuando te aburras, coge la escopeta y recorre las colinas.

— Así ayudaré también a llenar el puchero — dijo Saldon de buen humor.

— Por cierto, ya que hablas de puchero... Rosalía, ¿qué vamos a comer hoy?

— Sopa, ensalada y una pierna de cordero al horno. Para postre, hay cerezas, las primeras del año.

Saldon se quedó maravillado.

— ¿Todo eso... no ha salido de ninguna lata de conservas? — preguntó.

Rosalía arrugó la nariz.

— ¡Lata de conservas! — dijo con desprecio.
— La estás insultando, Delny — rió Lozano.
— Entonces pediré perdón — contestó el joven, riendo también.

* * *

Bastaron tres semanas para que Delny Saldon adquiriera un nuevo aspecto.

Su piel se atezó y sus músculos recobraron rápidamente la fortaleza de antaño.

Se acostaba al ponerse el sol y se levantaba al amanecer. La tranquilidad y el silencio que reinaban en la granja, alejada cuarenta kilómetros de la población más cercana, contribuyeron no poco a mejorar su estado, tanto físico como mental.

En la cuarta semana de su estancia con los Lozano, al regresar de una expedición de caza, con tres conejos en el zurrón, vio a Rosalía sentada en el pequeño porche de la casa, con expresión preocupada.

— ¿Qué te ocurre? — preguntó. Ya se trataban con toda confianza.

— A mí, no; a ti. Tienes visita, Delny.

— ¿Quién es? — preguntó él, intrigado.

— Entra y lo verás.

Delny apoyó la escopeta en la pared.

— He traído tres conejos — dijo, entregándole la bolsa a la mujer.

— Luego los despellejaré para la cena. Anda, entra; te están esperando.

Saldon frunció el ceño. Acababa de ver, tras la esquina más próxima, parte de la estructura de un helicóptero.

Cruzó el umbral. Una mujer se puso en pie al verle.

Era joven y esbelta, de cabello claro y pupilas grises. Su rostro le pareció a Saldon conocido, aunque no la había visto nunca antes de aquel momento.

— Soy Delny Seldon — se presentó.

— Le conozco, aunque usted no me pueda decir lo mismo respecto de mí — respondió ella —. Mi nombre en Flora Woamas.

Seldon contuvo la respiración un instante.

— Lo siento — murmuró.

— No he venido aquí para formularle ningún reproche — manifestó la joven—. Puedo comprender perfectamente lo que le pasó, señor Seldon.

— Muchas gracias, señorita Woamas; pero, si no le importa, preferiría no hablar más de aquel desdichado asunto.

— He venido precisamente a hablar de ese tema — respondió Flora.

Los dos se miraron un instante.

— Bien —dijo él, resignándose—, supongo que no puedo negarme a facilitarle los datos que me pide.

— No quiero datos. Los conozco todos.

— Claro — sonrió él de mala gana —. Olvidaba que usted se llamaba Woamas.

— Si se refiere a la investigación practicada por el Consejo Directivo, le diré que conozco todos los detalles.

— ¿Leyó mis declaraciones?

— Varias veces. Podría decir que me las sé de memoria.

— ¿Y bien?

Flora tomó la botella que había sobre la mesa y llenó un vaso.

— Creo que le convendría tomar un trago, señor Seldon — dijo.

El joven cogió el vaso.

— ¿Por qué no habla claro de una vez? — preguntó.

— ¿Quiere que lo haga?

— Imagino que no vino aquí sólo para conocerme en persona y llamarme asesino de su hermano o algo peor.

— No. Usted no mató a Bert.

— Gracias por la fe que tiene en mí. —Saldon bebió medio vaso —. ¿Nada más?

— Sí. Aún tengo algunas cosas que decirle. Pedirle, mejor dicho.

— Hable. La escucho.

Los ojos de Flora le contemplaron durante unos instantes.

— ¿Aceptaría trabajar para mí? — preguntó de repente.

— Fui dado de baja en el personal de la Fundación — expresó Saldon con rostro impasible.

— He dicho, «para mí», no para la Fundación. El sueldo serán diez mil mensuales mientras dure su trabajo y una prima de medio millón al terminar...

— ¿Terminar qué, señorita Woamas?

Ella volvió a guardar silencio.

— Resulta difícil expresarlo —contestó luego—. Usted declaró a los periodistas que por nada del mundo volvería a... «allá abajo».

Saldon procuró contener la sorpresa que le producían aquellas palabras.

— ¿Está sugiriéndome una nueva expedición al centro de la Tierra?

— Centro de la Tierra, en este paso, no pasa de ser una frase tópica. Digamos más bien una expedición subterránea.

— ¿Para qué? Todo lo que había que ver, está visto...

— Se equivoca. Mi interés no es científico en absoluto.

La sorpresa de Saldon aumentó.

— No entiendo — dijo.

— Es bien sencillo — contestó ella sin inmutarse —. Quiero encontrar los restos de mi hermano y darles digna sepultura.

Saldon miró a la joven de hito en hito.

Luego soltó una estridente carcajada.

— ¡Digna sepultura! ¡Con setecientos kilómetros de tierra encima! — exclamó.

Furiosa, Flora se puso en pie y le asestó una bofetada.

— ¡Insolente! — le apostrofó.

Saldon frunció el ceño.

— Lo siento —dijo—. No pude contenerme.

Flora pareció avergonzarse.

— Tampoco yo he obrado bien —dijo—. Dispénseme.

— No se preocupe. Pero lo siento. Dije que no volvería allá abajo y cumpliré mi palabra.

— Le pagaré...

Saldon alzó la mano.

— No es cuestión de dinero, compréndalo.

Los hombros de Flora se hundieron.

— Es una lástima —murmuró—. He perdido el tiempo.

— Créame que lo lamento, señorita Woamas — dijo él.

Flora movió la cabeza. Luego, tomó el bolso y abandonó la estancia.

Saldon terminó su vaso de vino. Permaneció unos minutos profundamente pensativo.

Salió al porche. Rosalía y Juan contemplaban el helicóptero que se perdía ya en las alturas.

— Le has dicho que no — murmuró Rosalía.

— ¿Cómo sabes...? —se sorprendió el joven.

Juan sonrió.

— A Rosalía hay pocas cosas que se le escapan, Delny —comentó socarronamente—. Pero, diciendo la verdad, en tu pellejo, yo también habría contestado que no.

— Vista a distancia —expresó Saldon—, resultó una maravillosa aventura. Hay muchas cosas bellas en las profundidades de la corteza terrestre, pero murieron ocho personas... y esto es algo que no se puede olvidar con facilidad.

Lozano asintió. Luego, en tono intrascendente, dijo:

— Hace demasiado calor, ¿no os parece? Creo que el verano se adelantará este año.

Saldon se aflojó el cuello de la camisa.

— Sí, hace mucho calor — corroboró.

Al día siguiente, muy de mañana, salió con la escopeta. Pero no disparó un solo cartucho.

Después de tres horas de marcha sin rumbo fijo por las colinas, algunas de las cuales eran muy abruptas, volvió de nuevo a la entrada de la cueva.

Se sentó frente a ella, a la sombra de un árbol.

Setecientos kilómetros más abajo, se encontraban los restos de un hombre a quien él se había visto obligado a abandonar para salvar la vida.

Se preguntó si obraba bien al negarse a la petición de Flora Woamas. Era lógico que ella quisiera sepultar honrosamente los restos de su hermano, pero ¿para qué arriesgar más vidas por un cadáver?

— Sería una estupidez — dijo en voz alta, sin darse cuenta de que estaba solo.

CAPÍTULO IV

Ana Ferlán, la doncella personal de Flora, anunció una visita.

— ¿Quién es, Ana? — preguntó la joven.

— Un tal Vandervreuch, señorita.

Flora leyó la tarjeta que la doncella acababa de entregarle.

— Está bien, hazle pasar.

Momentos después, Vandervreuch se inclinaba ante la joven.

— Es un placer para mí conocerla, señorita Woamas — saludó pomposamente —. Permítame que le exprese mi gratitud por haber accedido a recibirme.

Flora le indicó un sillón.

— Tome asiento, por favor, señor Vandervreuch. ¿Desea beber algo?

— No, muchas gracias. Pero sí fumaré, si usted me lo permite.

— No faltaría más.

Hubo un intervalo de silencio, mientras Vandervreuch encendía un cigarrillo. Después de expulsar la primera bocanada de humo, el traficante dijo:

—Tengo entendido que usted, como fundadora de la Fundación que lleva su nombre, en unión de su hermano, es supervisora de las actividades de la misma.

— En efecto, aunque existe un Consejo Directivo que es el que adopta las decisiones en cada caso — respondió Flora.

— Lo sé, pero también sé que sus indicaciones, en según qué circunstancias, pueden influir de modo favorable en alguna de las decisiones de tal Consejo.

— No suelo hacerlo con frecuencia; no me gusta entrometerme ni interferir la autoridad del Consejo.

— Una actitud muy lógica. Pero tal vez a la Fundación le interese saber que estoy dispuesto a dar diez millones para colaborar en sus actividades benéficas.

Flora enarcó las cejas.

— Es una suma respetable — observó.

— La beneficencia es una de mis debilidades —Vandervreuch sonrió de manera untuosa—. Claro es que, en algunos casos, procuro obtener... digamos también algún beneficio particular.

— Eso significa que viene a pedirme algo a cambio.

— Exactamente, señorita Woamas.

— Bien, hable. ¿De qué se trata?

— Sólo de la cesión de un transformador de proteínas.

Flora se sorprendió.

— ¿Para qué lo quiere usted? — preguntó.

— Permítame que me reserve la respuesta — sonrió el belga—. Sin embargo, un transformador de proteínas no es una pistola para atracar ni un cañón que pueda hundir barcos.

— Desde luego. Sin embargo...

— ¿No se decide? — preguntó el belga.

— Ese aparato, pese a su relativa pequeñez, es muy difícil de construir. Sólo existen unos cuantos en el mundo todavía y todos ellos tienen sus aplicaciones.

Flora no quiso decirle que poseía uno para su uso privado. Por nada del mundo hubiese accedido a venderlo.

Vandervreuch emitió una sonrisa llena de cortesía.

— Es posible que haya un medio de obtener uno de esos aparatos —dijo—. Aumento mi donación en cinco millones más.

Se puso en pie y realizó una galante inclinación.

— Comprendo que mi inesperada propuesta debe de haberla desconcertado —añadió—. Y encuentro lógico que desee reflexionar acerca de la misma. Volveré la semana próxima para recibir una contestación definitiva, señorita Woamas.

Flora se quedó bastante perpleja. ¿Para qué quería aquel individuo un transformador de proteínas?

No conocía a Vandervreuch, pero un oscuro instinto le dijo que debía desconfiar de aquel sujeto.

Llamó a la doncella.

— Ana, si vuelve otra vez el señor Vandervreuch, dile que no estoy — ordenó.

— Sí, señorita.

A continuación, Flora se acercó al visófono y marcó una cifra.

Momentos después, aparecía en la pantalla el rostro de un hombre de cierta edad, de aspecto inteligente y ojos perspicaces.

— Hola, muchacha —dijo el profesor Ciphor con voz de trueno, habitual en él—. ¿Qué ocurre ahora?

— Necesito hablar con usted. Han querido comprarme un transformador de proteínas.

— ¿Quién?

— Un tal Vandervreuch. Nunca le había visto hasta hoy.

— ¿Para qué quería el aparato?

— No me lo dijo. Únicamente ofreció donar quince millones para los fondos benéficos de la Fundación.

— Envíalo al diablo —tronó Ciphor—. Ese sujeto es un

aprovechado.

— ¿Le conoce usted? — preguntó ella, sorprendida.

— No, pero leí hace pocos días que acaba de regresar de un viaje por el espacio extrasolar. Ya me figuro para qué quiere el aparato.

— ¿Cómo? ¿Es que sabe usted algo?

El rostro de Ciphor se ensombreció.

— Sé más de lo que tú misma te imaginas, Flora. Por cierto, ¿qué resultado obtuviste de la entrevista con Delny Saldon?

— Negativo, profesor.

— Pues tendrás que esforzarte por convencerle. Ahora hay otros motivos mucho más poderosos que los de encontrar el cuerpo de tu hermano, para llegar a mucha profundidad bajo la superficie terrestre.

— ¿Ocurre algo de particular? — preguntó Flora, un tanto alarmada.

El profesor Ciphor vaciló un instante.

— Sería mejor que conversáramos personalmente, muchacha — contestó al fin.

— En este momento, no tengo nada que hacer. ¿Le importa que acuda ahora a su laboratorio?

— En absoluto. Ven cuando quieras.

— De acuerdo. Estaré allí lo antes posible.

Flora cortó la comunicación. En seguida se dirigió a su dormitorio.

Deslizó a un lado la puerta corredera del armario ropero. Tras una breve vacilación, eligió un sencillo vestido gris, que moldeaba a la perfección las firmes líneas de su silueta. Se retocó un poco los cabellos en el tocador y luego, tras tomar su bolso, se dirigió hacia la salida.

Flora residía en una casa sin pretensiones, situada en las afueras de una populosa urbe. Pese a que su fortuna era enorme, había sido siempre una muchacha de gustos y aficiones sencillos.

Solamente tenía a su servicio una doncella y una cocinera, y aun ésta, una mujer de mediana edad, porque había sido, años atrás, doncella personal de su madre. Las tres mujeres eran las únicas ocupantes de la casa, que estaba rodeada de un frondoso jardín.

En la parte posterior, el jardín disponía de un pequeño helipuerto. Flora dijo a su doncella que iba a visitar al profesor Ciphor y luego se encaminó hacia el aparato.

Momentos después, se elevaba en el aire. La joven pilotó expertamente el aparato, dirigiéndose rumbo al laboratorio del profesor Ciphor.

Una hora más tarde, aterrizaba en la explanada que había frente al conjunto de edificaciones que constituían él completo laboratorio, en el cual Ciphor, con la ayuda de su único colaborador, Jim Krissatov, había desarrollado alguno de sus más sensacionales inventos.

Ciphor y Krissatov recibían subvenciones para sus trabajos de la fortuna personal de Flora, independientemente de las aportaciones de la Fundación. El profesor y el padre de Flora habían sido condiscípulos y amigos desde su más tierna infancia, y de ahí derivaba la relación que Ciphor tenía con la muchacha.

Krissatov salió a recibirla apenas vieron en lontananza el helicóptero. El ayudante era un hombre joven, de unos treinta y seis años, bien parecido, entregado por completo a la ciencia. Ciphor solía decir que Krissatov sería su digno sucesor el día en que él decidiese entregarse al descanso.

El laboratorio se hallaba situado en un elevado risco, en las estribaciones de los Mogollón, en Nuevo Méjico. Desde allí se divisaba un esplendoroso panorama.

El risco dominaba el valle por cuyo fondo pasaba el río San Francisco. Un manantial cercano, cuyo chorro de agua tenía un grosor de diez centímetros por lo menos, proporcionaba agua suficiente para las necesidades del laboratorio.

Apenas tomó tierra, Flora advirtió una expresión de profunda preocupación en la cara del ayudante.

— ¿Qué ocurre, Jim? — preguntó, cada vez más alarmada.

— Será preferible que te lo explique el propio profesor — eludió Krissatov una respuesta concreta —. Ven, por favor.

Entraron en el laboratorio. Jim alzó la voz:

— Profesor, Flora acaba de llegar.

— Ahora mismo bajo — contestó Ciphor.

Krissatov se volvió hacia la muchacha.

— Está en la cúpula del observatorio astronómico — explicó—. ¿Quieres tomar algo mientras tanto?

— Una taza de café, por favor.

— Te la llevaré ahora mismo al saloncito. Espérame allí.

— Desde luego.

Flora arrojó una aprensiva mirada hacia la escalera de caracol que se perdía en el techo del edificio. Aparte de desarrollar sus inventos, Ciphor era un notable astrónomo aficionado, algunos de cuyos estudios y comunicaciones habían causado sensación entre los profesionales.

Entró en el salón y se sentó en un cómodo butacón. Krissatov

vino a poco con una bandeja.

— Lamento el servicio —sonrió el ayudante—. La mujer que nos hace la limpieza nos dejó ayer. Tiene una hija enferma y no sabe cuándo podrá volver. Mientras, nosotros nos las arreglamos como podemos.

— No tiene importancia — sonrió Flora.

Estaba tomando el primer sorbo de café, cuando llegó Ciphor.

— Hola, Flora. Jim, ponme una taza a mí, por favor — dijo el científico con aspecto desmayado.

— Al momento, profesor.

Flora no quiso apremiar al científico, pero se sintió aún más alarmada al observar su expresión llena de decaimiento. Hubo un largo momento de silencio mientras Ciphor sorbía su café.

Al terminar, Ciphor se encaró con la joven.

— Flora, ¿qué te dijo Delny Saldon? — preguntó.

— En pocas palabras, que no merecía la pena arriesgarse por encontrar los restos de mi hermano — respondió la muchacha con voz firme.

— Una actitud muy lógica por su parte — aprobó Ciphor.

— Visto objetivamente, se comprende su negativa, profesor.

Ciphor se reclinó en el sillón.

— Pues ahora, le guste o no, tendrá que volver a donde salió. Si quiere conservar la vida, claro.

Flora miró al científico con aire de extrañeza. Ciphor sonrió.

— No, no me he vuelto loco —dijo, anticipándose a la pregunta de la muchacha—. Estoy por completo cuerdo, Flora.

— ¿Qué es lo que quiere usted decir?

— Sencillamente, que antes de seis meses, el planeta se hará inhabitable y todo aquel que no haya encontrado un refugio seguro, perecerá — afirmó el profesor en tono que excluía toda duda acerca de sus palabras.

CAPÍTULO V

Delny Saldon tomó el cazo que pendía del clavó y lo llenó del líquido contenido en el barril que había a la sombra de la casa.

— ¿Habéis notado el calor que hace? — preguntó.

Rosalía pelaba unas patatas para la cena. Juan Lozano fumaba apaciblemente.

— Sí —contestó la mujer—, llevamos unos días de una temperatura excepcional.

— Pasé hoy por los prados del lado norte, Juan — dijo Saldon—. Me parece que necesitan agua.

— Los regué anteayer — observó Lozano.

— Entonces, si no te importa, abriré las compuertas después de cenar. — Saldon vació el contenido del cazo—. Hasta el agua se nota más caliente que de ordinario.

— ¿Por qué no la tomas del frigorífico? Allí tienes agua helada — aconsejó Rosalía.

— Vengo sudando y no quiero...

Saldon se interrumpió de pronto. Lozano y su esposa le contemplaron, observando que tenía los ojos fijos en un punto distante.

— Viene alguien — dijo Saldon, señalando hacia el helicóptero que se aproximaba a la granja.

Lozano se puso en pie. Rosalía dejó las patatas a un lado y se limpió las manos en el delantal.

El helicóptero se posó al otro lado del arroyo. Instantes después, Saldon y sus amigos veían salir a dos personas del aparato.

Flora y el profesor cruzaron el puentecillo. Saldon se percató de la inusitada expresión de gravedad que aparecía en los rostros de los dos recién llegados.

— Señor Saldon —dijo la muchacha—, tengo el gusto de presentarle al profesor Ciphor. Profesor, éste es Delny Saldon.

— Me siento muy honrado al conocer al hombre que inventó el aparato que nos permitió sobrevivir tanto tiempo bajo tierra — contestó el joven—. Por favor, permítame presentarles a mis buenos amigos Rosalía y Juan Lozano.

El matrimonio saludó a Flora y a Ciphor. Luego, éste se encaró con Saldon.

— Joven, tenemos que hablar con usted y muy en serio — dijo, sin rodeos. Levantó la mano derecha —: Ya sé qué es lo que va a

decirme: que por todo el oro del mundo no volverá allá abajo... pero ahora, le guste o no, volverá, se lo aseguro.

Saldon se quedó perplejo un instante.

— Mi respuesta sigue siendo negativa —habló al fin—, pero no le impediré que exponga sus argumentos.

— En la casa estarán más cómodos — indicó Rosalía.

— Con vosotros —pidió el joven—. Sois mis amigos y no tengo nada que ocultaros.

— Me parece una idea magnífica —aprobó Ciphor—. ¿Vamos, Flora?

— Les prepararemos unos refrescos —dijo Lozano—. Hace demasiado calor.

Los ojos del científico brillaron con malicia.

— Ah, conque lo han notado... Me alegro, me alegro — exclamó, frotándose las manos —. Así, mi labor de persuasión resultará más fácil.

Entraron en la casa. Rosalía preparó rápida y diestramente unos refrescos, que sirvió en seguida. Su esposo trajo cigarrillos.

— Bien, profesor — dijo Saldon —, ya puede hablar cuando guste.

— Flora dispone de un transformador de proteínas — expresó Ciphor—. Con él, tenemos resuelto el problema de los alimentos e incluso, el del agua. Los demás, usted tiene más experiencia que yo, son mucho más fáciles de resolver.

— Suponiendo que acceda a formar parte de la expedición que planean.

Flora había permanecido silenciosa hasta entonces. Ahora intervino.

— Señor Saldon, en este momento, ya no se trata de encontrar los restos de mi hermano, sino de salvar nuestras propias vidas. Necesitaremos los servicios de un hombre como usted y por ello hemos venido a verle... y yo a insistir por segunda vez.

— No puede negarse —añadió Ciphor—. Su vida, la de sus amigos, las nuestras, corren peligro de acabarse antes de seis meses.

— Cualquiera diría que va a arder la Tierra — dijo Lozano.

Ciphor volvió los ojos hacia el granjero.

— Eso es exactamente lo que va a suceder — manifestó muy serio.

Lozano respingó.

— No está loco — intervino Flora.

— Pues lo parece — gruñó Saldon.

— Sí, a los ojos de cualquier persona normal, puedo semejar un

loco —dijo el profesor—. Pero no lo estoy. ¿Acaso no han notado ustedes mismos la anormal elevación de temperatura que venimos sufriendo de algún tiempo a esta parte?

Saldon empezó a comprender.

— ¿Quiere decirnos que la temperatura, no sólo no bajará, sino que continuará en ascenso?

— Eso mismo. Soy astrónomo aficionado, además de inventor, más o menos chiflado, y mis aparatos de medición indican el acercamiento de una corriente de átomos de carbono, que se dirige hacia el Sol. ¿Tiene usted una idea de lo que puede pasar si, por decirlo así, se exacerban las reacciones termonucleares que se producen continuamente en la superficie, y en el interior de nuestro astro rey? El desequilibrio atómico se acentuará de día en día y..., vamos, Delny, usted no es tonto — concluyó Ciphor con un gruñido.

Saldon pareció adivinar un acento de total sinceridad en las palabras del científico.

Ciphor continuó:

— Por ahora, la intensidad de esa corriente es muy débil. Los átomos de carbono mantienen aún entre sí una separación muy grande y, además, la corriente no se dirige en línea recta al Sol, sino que rozará uno de sus bordes. ¡Pobres de nosotros si ocurriese la primera posibilidad!

— ¿Qué pasaría, doctor? — preguntó Lozano.

— No soy doctor, sino profesor —corrigió Ciphor—, pero eso es ahora lo de menos. En el caso que usted ha expuesto, nuestro sol estallaría como un triquitraque... bueno, se convertiría en una estrella nova, cuya gigantesca conflagración alcanzaría muchísimo más allá de los límites del sistema solar, abrasando a todos los planetas, asteroides y satélites en un santiamén.

— ¡Cáscaras! —exclamó el granjero—. Eso no tiene nada de atrayente.

— Por fortuna, no se producirá la novación de nuestro sol, pero el paso de la corriente de carbono por sus cercanías producirá efectos no menos catastróficos. Dicho lisa y llanamente, desaparecerá todo signo de vida de la superficie de la Tierra.

Sobrevino un momento de silencio. Saldon encendió un cigarrillo.

— En el orden práctico, ¿cuáles son las consecuencias que nos acarreará esa catástrofe, profesor? — preguntó.

— La temperatura media subirá a una cifra comprendida entre los ciento ochenta y doscientos treinta centígrados, según las regiones. El cuerpo humano, sin estar protegido, no puede soportar

esas temperaturas.

— Es cierto —convino el joven—. Y los mares se evaporarán.

— En su inmensa mayoría, aunque recibirían cantidades de agua procedentes de la fusión de los hielos polares. Es probable, incluso, que al desaparecer de los polos ese peso de billones de toneladas, el eje de la Tierra sufra una ligera modificación, con las sacudidas sísmicas correspondientes.

— Soportar un terremoto dentro de la Tierra no tiene nada de agradable —dijo Saldon—. He pasado varias veces por esa experiencia y no querría repetirla.

— Pero está aquí —dijo Ciphor con brusquedad—. ¿Prefiere morir asado?

El joven meditó unos instantes.

— ¿Cuánto tiempo durará el fenómeno, profesor? — preguntó.

— De doce a dieciocho meses. Dentro de dos años, quizá un poco más, las temperaturas serán casi normales.

— El fenómeno alcanzará su clímax dentro de seis meses, aproximadamente. Tendríamos tiempo de construimos un buen refugio...

— Se producirá una terrible seguía —le interrumpió Ciphor con una voz profética—. Las plantas se agostarán, estallarán los incendios por doquier, la tierra se resecará, hervirán los mares, las nubes de vapor ocultarán la superficie del planeta, durante meses y meses...

— El panorama que nos pinta es muy poco atractivo — gruñó Lozano —. ¿Quiere decir que me quedaré sin mi granja?

— Le quedará el terreno y tal vez la casa, pero nada más — afirmó el científico.

— ¿Y no corremos el peligro de que el vapor escape al espacio? — preguntó Saldon.

— No. La Tierra continuará, pese a todo, manteniendo su fuerza de atracción gravitatoria. Después, sí, se producirá una larga temporada de intensas lluvias; será el fenómeno contrapuesto y natural... y las plantas volverán a crecer, donde hayan quedado raíces.

— ¿Y los animales?

— Morirán. Los racionales y los irracionales.

— ¿Nos está proponiendo la construcción de un Arca de Noé? — preguntó Saldon.

— Sólo quiero salvar vuestras vidas —respondió Ciphor—. Sus amigos, naturalmente, están incluidos en esa frase.

Saldon miró a la joven.

— Pero hay un problema de ética que es preciso resolver — dijo.

— Hable — pidió Flora.

— Usted está seguro de que se va a producir esa catástrofe. ¿No avisará a las autoridades para que se prevengan y puedan salvar todas las vidas posibles?

Hubo un momento de silencio. Luego, Ciphor, con acento acongojado, respondió:

— Ése es mi problema, muchacho. Si aviso, y me creen, se producirá un pánico general horroroso, con las consecuencias que son tan fáciles de prever. En tal caso, ¿cuántas más vidas cree que podré salvar? ¿Cien, mil, diez mil? ¿Cómo alimentar a todas esas bocas durante dos años? ¿Y los problemas sanitarios de toda índole que nos crearían? ¿No serían las propias autoridades las primeras en querer escapar a la catástrofe?

Saldon asintió.

Sí, el problema era de muy difícil solución.

— Pero ¿es que los observatorios extrasolares no han informado de lo que está ocurriendo? — preguntó.

Ciphor miró a la muchacha.

— No lo sé —respondió—. Salvo ustedes y Jim Krissatov, nadie más sabe lo que está pasando, al menos, por mi boca.

— Tal vez las autoridades recibieron la comunicación y guardaron silencio, a fin de evitar el pánico — opinó Flora.

— Es posible —convino el joven—. Si usted, profesor, que es un aficionado, quiero decir que no se dedica habitualmente a la astronomía, ha podido captar el fenómeno, es de suponer que los observadores extrasolares, que están encargados de esa misión, hayan captado el acercamiento de la corriente de carbono e informado al gobierno. Éste, en tal caso, ha decidido mantener el silencio, a fin de evitar un pánico general, que nada resolvería.

— Por otra parte —añadió Ciphor—, las temperaturas anormales persisten. Cuando empiecen a elevarse, la gente empezará a hacerse preguntas, por medio de los órganos de opinión pública: periódicos, radio, televisión... y el gobierno tendrá que dar una respuesta.

— Entonces se sabrá todo — afirmó Flora —. Y aunque nosotros quisiéramos ayudar a la gente, ¿cuántos se beneficiarían de nuestra ayuda?

Saldon reflexionó de nuevo.

Sí, era una postura quizá un tanto egoísta, pero la única razonable en aquellos momentos.

Flora disponía de un transformador de proteínas. Pero el aparato sólo producía lo necesario para dar de comer a veinte personas

como máximo. Ni aun poniendo toda su buena voluntad conseguirían salvar a un número mayor de seres humanos.

— Está bien — dijo al cabo —. Si nos damos prisa, dentro de un mes, seis semanas como máximo, podemos iniciar el descenso.

— Por supuesto —dijo Flora, disimulando la alegría que le causaba la respuesta del joven—, usted, debido a su experiencia, será el jefe de la expedición.

— Acataremos sus órdenes sin rechistar — añadió Ciphor.

— Le facilitaré todo el dinero que necesite para adquirir los equipos precisos — añadió la joven.

— ¿Cuántos seremos? — quiso saber Saldon.

— Nosotros cinco, más Jim Krissatov y las dos mujeres que tengo a mi servicio. No lo hago por estar mejor servida —se apresuró a explicar la joven—, sino porque están conmigo desde hace muchos años y las tengo en gran aprecio.

— Conforme. Siete..., por ahora. Luego, los queramos o no, se nos agregará alguno más.

Flora lanzó de repente una exclamación.

— Ahora lo entiendo — dijo.

— ¿Qué es lo que entiende? — inquirió Saldon, extrañado.

— Hace pocos días, un tal Alain Vandervreuch quiso comprarme el transformador de proteínas. Estoy segura de que él sabe también que el planeta se va a tornar inhabitable dentro de unos cuantos meses.

CAPÍTULO VI

Los elementos de los equipos que necesitarían para la larga estancia bajo tierra, se iban acumulando en uno de los cobertizos de la granja.

Realmente, Saldon se preocupaba de simplificar el equipaje al máximo. Vestidos sólo llevarían los puestos, fabricados con un tejido prácticamente indestructible y que podía durar años enteros, lo mismo que el calzado. Un saco de dormir para cada uno, una lámpara eterna y algunos pocos elementos más.

Tendrían que caminar a pie. Por lo tanto, el peso que podían transportar no debía resultar excesivo.

El transformador de proteínas resolvería sus problemas alimenticios. Ciertamente, la palabra no era por entero adecuada, ya que no sólo proporcionaba las proteínas, sino todos los elementos necesarios a una nutrición básica, sin excluir las imprescindibles. Lo único que echarían en falta sería la luz solar.

Esta vez, con más experiencia, Saldon pensaba obviar este inconveniente, llevándose una lámpara solar. Aún se recordaba a sí mismo, con la piel palidísima, y conocía los perjuicios que una larga permanencia bajo tierra, sin el benéfico influjo de los rayos del sol en la epidermis, podía causar al cuerpo humano.

Juan se asomó de pronto al cobertizo.

— Eh, Delny — llamó.

Saldon se incorporó, volviéndose hacia la puerta.

— ¿Qué pasa, Juan? — preguntó.

— Creo que tienes visita.

Saldon frunció el ceño.

— Flora no nos anunció su llegada — dijo.

— Por eso me extraña que venga alguien a estos parajes. Yo tampoco espero a nadie.

Saldon salió fuera del cobertizo. Un helicóptero se disponía a tomar tierra en la explanada del otro lado del arroyo.

Momentos después, tres hombres saltaban fuera del aparato y cruzaban el puentecillo. Maquinalmente, Saldon se dio cuenta de la innegable disminución de nivel del arroyo.

Al joven no le agradó demasiado el aspecto de los tres sujetos. No obstante, procuró mantener una apariencia cortés.

— ¿Señor Saldon? — preguntó el que iba en medio.

— Yo mismo — respondió el joven.

— Me llamo Alain Vandervreuch —expresó el traficante—. Éstos son... bueno, unos amigos míos.

«Más parecen pandilleros», pensó el joven, aunque no lo manifestó en voz alta.

— Encantado —respondió—. ¿Puedo serle útil en algo, señor Vandervreuch?

— Sí. Por eso estoy aquí. Tengo entendido que usted es el único superviviente de la expedición Woamas al centro de la Tierra.

— Bien, decir al centro de la Tierra resulta una exageración —sonrió el joven —. Digamos mejor que batimos el «record» mundial de espeleología.

— Es lo mismo — contestó el belga, sonriendo también—. No quiero alcanzar la marca de setecientos y pico de kilómetros que lograron ustedes. Me conformo con cincuenta o sesenta tan sólo.

Saldon le miró de hito en hito.

— ¿Debo interpretar sus palabras como una petición para que le sirva de guía en una expedición subterránea?

— En efecto, señor Saldon. ¿Hablamos ya de honorarios, puesto que conoce mis intenciones?

— La cuestión honorarios está fuera de lugar. Como el ir yo con ustedes — replicó el joven de modo tajante.

Vandervreuch procuró dominar la rabia que le producía semejante respuesta.

— Mi oferta son cinco millones, pagaderos en el acto — dijo.

Miró a Juan y Rosalía, que permanecían prudentemente apartados a un lado.

— Por supuesto —añadió—, sus amigos quedan incluidos en la expedición.

— Señor Vandervreuch —replicó el joven—, tengo entendido que no hace mucho, regresó usted de un viaje por el exterior de nuestro Sistema Solar.

— En efecto, así es.

— Los periódicos hablaron del asunto.

— Sí, los informadores me persiguieron durante muchos días. Naturalmente —sonrió el belga—, me vi obligado a saciar su curiosidad.

— Pero ¿les contó usted todo lo que sabe?

Vandervreuch enarcó las cejas.

— ¿Qué es lo que quiere decir? — preguntó.

— Por esas fechas —siguió Saldon, imperturbable—, los periódicos mencionaron la explosión que había destruido el Observatorio Extrasolar Número Uno. En aquellos momentos, usted

se hallaba en las inmediaciones del mismo.

— Sí, es cierto, no tengo por qué negarlo.

— La señorita Woamas me ha informado de sus pretensiones, que ella frustró, de adquirirle a cualquier precio un transformador de proteínas. Todo concuerda, señor Vandervreuch. Estoy seguro — afirmó el joven con energía— que usted, no importa cómo, se enteró de una noticia de singular importancia y que provocó la voladura del observatorio para evitar que esa noticia trascendiera al público. Esto es suficiente para que yo le dé una respuesta negativa.

Sobrevino un instante de silencio. Saldon se dio cuenta de que los ojos del belga brillaban furiosos.

Juan se metió en la casa sin decir nada. De pronto, Vandervreuch exclamó:

— Tengo medios para obligarle a que venga conmigo, señor Saldon.

— Lo dudo mucho. El posible empleo de la fuerza no me intimida en absoluto — contestó Saldon con toda tranquilidad.

De pronto, uno de los sujetos que acompañaban al traficante, sacó una pistola y encañonó con ella al joven.

— Tal vez esto le convenza — masculló el tipo.

La voz de Lozano sonó de pronto.

— Estoy apuntándoles con mi escopeta — gritó —. Señor Vandervreuch, si ese rufián que tiene al lado no suelta en el acto su pistola, usted será el primero en caer.

Saldon dominó una sonrisa de satisfacción. Vandervreuch emitió un rugido de cólera.

Tranquilamente, Saldon avanzó unos pasos y quitó la pistola al aturdido esbirro.

— Ya puede irse, señor Vandervreuch —declaró—. Lo único que siento es no poder probar que usted mató a aquellos tres desdichados. Todavía quedaría tiempo suficiente para que lo ahorcasen... y usted ya sabe a qué me refiero.

El belga se esforzó en recobrar la compostura.

— Pero todavía queda tiempo para que yo consiga, lo que deseo — declaró.

— Lo dudo — respondió el joven—. Hemos terminado... No, no hemos terminado aún. Quiero hacerle una pregunta, señor Vandervreuch.

— No le garantizo la respuesta — dijo el belga secamente.

— ¿Cómo supo que me encontraría aquí? — inquirió Saldon sin hacer caso de la actitud de su interlocutor.

— Fue sencillo. No le encontraba por ninguna parte, pero había

leído los periódicos con el relato de sus aventuras. El matrimonio Lozano fue el primero en socorrerle, así que deduje podía estar con ellos... y acerté.

— Acertó, en efecto —convino el joven—. Pero se equivocó, a pesar de todo.

— Podría hablar así, si me hubiese derrotado. Pero esto no es más que una escaramuza. La batalla definitiva no se ha entablado todavía.

— Cada uno es libre de exponer su opinión — comentó el joven con sorna.

Vandervreuch le miró fijamente durante un segundo. Luego, de pronto, giró sobre sus talones.

— Vámonos — ordenó a sus esbirros.

El helicóptero despegó momentos después.

Saldon se limpió el sudor de la frente con la manga de la camisa.

— ¡Uf! ¡Qué calor hace!

Se acercó a la casa. Juan salía en aquellos instantes.

— Gracias, Juan —sonrió Saldon—. Tu intervención resultó muy oportuna.

— El aspecto de esos tres rufianes me desagradó desde un principio — contestó el granjero con sencillez.

Rosalía se sentía muy aprensiva.

— Volverán, Juan —profetizó—. ¿Qué haremos? — preguntó.

Saldon reflexionó unos momentos.

— Voy a hablar con Flora — dijo de repente.

Entró en la casa. A fin de poder comunicar en cualquier momento con la muchacha o con el profesor, Saldon había sugerido a Lozano la idea de hacerse instalar un visófono.

Marcó el número. El hermoso rostro de Flora apareció a poco en la pantalla.

— Señor Saldon — saludó —. ¿Ocurre algo?

— No tengo buenas noticias para usted —respondió el joven—. ¿Cuánto tiempo tardaría en estar lista?

— Pues... media hora, menos, si es preciso. ¿Por qué me lo pregunta?

— No importa ahora. Tome lo más necesario y véngase a la granja inmediatamente, pero no se olvide de avisar al profesor y a Krissatov. Debemos prepararnos para partir cuanto antes.

Pero Flora creyó adivinar lo que sucedía.

— ¿Ha estado ahí Vandervreuch?

— Sí.

— Me lo figuraba. Volvió ayer, pero no quise recibirle siquiera.

— Vino acompañado de dos pistoleros. Parece que está dispuesto a todo — dijo Saldon, subrayando a propósito las últimas palabras.

— No me extraña en absoluto. Bien, al anochecer estaremos ahí todos.

— De acuerdo.

— Ah, señor Saldon, ¿ha oído las emisiones de noticias?

— No. ¿Qué pasa?

— Un portavoz del gobierno ha anunciado repetidas veces, que hoy, a las siete de la tarde, se hará una declaración oficial acerca de un asunto de gran trascendencia. ¿Comprende lo que quiero decirle?

Saldon asintió.

— Los periódicos —siguió Flora— han hablado mucho en los últimos días de las temperaturas tan anormales que reinan. Muchos científicos han sido interrogados, aunque la mayoría han dado respuestas evasivas.

— Sí, entiendo.

— Eso es todo, Delny. — Flora sonrió —. Creo que, en lo sucesivo, los tratamientos empezarán a estorbar.

— Tiene usted razón, Flora — sonrió el joven.

— Bien, hasta luego. Ahora mismo avisaré al profesor.

Saldon cerró la comunicación.

Salió al porche. Sentada en una silla, Rosalía lloraba acongojada, mientras que con una mano acariciaba al perro.

— ¿Qué le pasa? — preguntó el joven, sorprendido.

— Piensa en nuestros animales — contestó Lozano con voz sombría.

Saldon bajó la cabeza.

— Resulta imposible de todo punto que nos los llevemos — murmuró.

— Sí, lo sé. Y ella también, pero no puede evitarlo.

— La vida, en la superficie, será luego muy dura, Juan — profetizó el joven.

Lozano movió la cabeza en silencio.

Si salvaban la vida, emergerían luego a un mundo yerto y calcinado.

La perspectiva no tenía nada de agradable..., pero aún sería peor morir abrasado.

Al atardecer, llegaron Flora, Ana, Ciphor y Krissatov.

— La cocinera enloqueció cuando le di la noticia — explicó la muchacha —. Huyó y no me ha sido posible encontrarla.

Saldon hizo un gesto de pesar.

— El choque resultó demasiado fuerte para ella — dedujo.

— Resultará demasiado fuerte para muchos —añadió Ciphor—. En estos momentos, el gobierno está declarando la verdad de lo que sucede... y lo que va a suceder.

— ¿Cuánto tardaremos en estar listos? — preguntó Krissatov.

Saldon reflexionó unos instantes.

— Las circunstancias nos obligan a anticipar la partida, pero no quiero emprender la marcha sin antes haber hecho una revisión a fondo de los equipos. Emplearé todo el día de mañana, así que pasado, al amanecer, deberemos estar en la boca de la cueva.

— De acuerdo —contestó Ciphor—. No podemos perder ya ni un minuto más.

Rosalía volvió a echarse a llorar. Su esposo procuró tranquilizarla.

De repente, el rostro de Saldon se cubrió de sombras.

¿Cuántas lágrimas no se verterían en los próximos días?

CAPÍTULO VII

La temperatura era sofocante.

Saldon se hallaba en el porche, vestido únicamente con una camisa y unos pantalones.

Las estrellas brillaban en un cielo sin nubes. Hacia el este, se divisaba un gran resplandor rojizo.

Saldon oyó pasos. Se volvió.

— Hola — dijo la muchacha en voz baja.

— No podía dormir, ¿verdad?

Flora sacudió la cabeza.

— Me sentía nerviosa — confesó.

— Es lógico — admitió Saldon.

— Estamos en vísperas del fin del mundo, Delny.

Saldon tendió el brazo hacia el horizonte enrojecido.

— Allí tiene ya uno de los primeros síntomas, Flora — contestó.

— ¿Qué es lo que produce ese resplandor, Delny?

— La sequía. Ya ha estallado el primer incendio forestal.

— Será horrible — musitó la joven.

— Muchos se salvarán, sin embargo — dijo él.

— ¿Lo cree usted?

— Imagino que no seremos los únicos en pensar que una cueva profunda puede resultar un buen refugio contra las temperaturas del exterior.

Flora se estremeció.

Pensaba en las escenas de pánico que se producirían irremediablemente. Las gentes escaparían enloquecidas en busca de refugio... pero la inmensa mayoría lo harían sin reflexionar, sin proveerse de alimentos, ropas de abrigo...

Una ramita crujió a poca distancia, interrumpiendo sus amargos pensamientos.

— ¿Qué es eso? — preguntó.

La mano de Saldon se crispó de repente sobre su brazo.

— No haga ruido —murmuró—. Me parece que tenemos visita.

Flora se llevó una mano a la garganta. Dejándola sola unos instantes, Saldon penetró corriendo en la casa, sin hacer ruido, y descolgó la escopeta de Lozano del clavo donde solía tenerla casi siempre.

Comprobó la carga a tientas. Luego volvió a salir de la casa.

Flora se había echado hacia atrás, apoyándose en la pared.

— No se mueva — recomendó él en voz baja.
— ¿Quiénes pueden ser, Delny?
— Es fácil imaginárselo, Flora.
— Pero ¿cómo han podido llegar sin ser advertidos? El perro…
Saldon frunció el ceño.
Flora tenía razón. ¿Por qué no había ladrado el perro?
El crujido se había escuchado hacia la parte del cobertizo donde guardaban los equipajes. Saldon avanzó hacia allí con gran cautela.
De pronto, divisó una sombra que salía por el portón del cobertizo.
El hombre iba cargado con un bulto de regular tamaño. Saldon se encolerizó al comprender las intenciones del sujeto.
— ¡Alto! —gritó—. ¡Alto o dispararé!
El intruso se sobresaltó, deteniéndose en el acto.
— Deje caer eso al suelo — ordenó Saldon.
De pronto, un hombre apareció en la puerta del cobertizo y disparó contra el joven.
Flora lanzó un agudo grito de miedo al escuchar la detonación. Saldon percibió el silbido de la bala junto a su oído izquierdo.
Inmediatamente, giró un cuarto de vuelta hacia aquel lado y apretó uno de los gatillos de la escopeta.
Sonó un tremendo estampido. Alguien emitió un horrible chillido de agonía.
Un cuerpo cayó al suelo. El intruso que se llevaba el paquete lo dejó caer al suelo y escapó a la carrera.
Flora gritó:
— ¡Delny! ¡Delny!
— Estoy bien, no se preocupe — contestó él.
Y en aquel momento, divisó un movimiento extraño en el portón.
— ¡Quieto! —ordenó—. ¡Permanezca donde está o le abrasaré a tiros!
Una voz conocida llegó hasta sus oídos.
— No dispare, Saldon. Me rindo.
El joven procuró disimular la sorpresa recibida.
— Salga afuera y mantenga las manos levantadas hasta que yo le permita bajarlas — ordenó.
Vandervreuch obedeció. En la casa sonaban gritos.
— Flora —llamó el joven—, traiga una lámpara, por favor.
— Al momento, Delny.
Instantes después, llegaba junto al joven con una linterna. Lozano y su mujer comparecieron casi en el acto.

— ¿Qué ha pasado, Delny? —preguntó el granjero—. ¿Por qué has disparado?

— Habían entrado ladrones — respondió el joven —. Uno de ellos tiró contra mí, Juan.

Le entregó la escopeta.

— No le dejes que baje aún las manos, Juan.

— Desde luego.

Saldon tomó la lámpara que tenía Flora y caminó unos pasos.

Bajo el dintel del portón, yacía el cuerpo de un hombre. La pistola que había usado se hallaba a un paso de su mano derecha.

Saldon apartó la vista a un lado, sintiendo náuseas al contemplar el pecho destrozado del rufián. La descarga de perdigones le había alcanzado de lleno, matándolo en el acto.

Recogió la pistola y se la introdujo entre el cinturón y el pantalón. Luego se dirigió hacia el sitio donde el fugitivo había dejado caer el bulto que transportaba,

— ¿Está por ahí el profesor? — llamó.

— Aquí, Delny — contestó el aludido.

— Venga, por favor.

Ciphor acudió a la carrera, seguido de su ayudante.

— ¿Qué sucede, Delny? — preguntó, alarmado.

— Pretendían robarnos el transformador de proteínas — contestó el joven—. El hombre que se lo llevaba lo dejó caer al suelo cuando se vio descubierto. Convendría que le echase un vistazo, no sea que haya sufrido algún desperfecto.

— Muy bien, lo haremos ahora mismo —contestó el profesor—. Vamos, Jim.

— Tengan cuidado con lo que hay en la entrada del cobertizo — advirtió Saldon.

Regresó junto a los otros. Lozano continuaba manteniendo a raya a Vandervreuch.

Saldon entregó la linterna a Flora. Luego registró al traficante, desposeyéndole de una pistola.

— Ya puede marcharse — dijo.

El belga tenía las facciones contraídas.

— No tienen nada de humanitarios — gruñó.

— Sería preferible que no comentásemos ese tema — respondió el joven —. O si quiere que hablemos de humanitarismo, recordaremos mejor la explosión que hizo volar el Observatorio Extrasolar Número Uno. ¿Le gustaría que conversáramos un poco sobre ese particular, Vandervreuch?

El belga calló. De pronto, Lozano dijo:

— Estos tipos llegaron aquí sin que nos diéramos cuenta. ¿Cómo lo consiguieron?

— Es verdad — exclamó Rosalía —. ¿Y el perro? Saldon miró a Vandervreuch.

— ¿Qué nos contesta usted? —preguntó.

—Lo siento — contestó Vandervreuch.

Rosalía emitió un gemido. Saldon alzó la mano, pero no llegó a descargar el golpe.

— ¡Váyase, miserable! — rugió —. Váyase en el acto, o no respondo de mí.

— Puedo pagarles...

Saldon le asestó un terrible empellón.

— ¡Fuera, canalla! — le apostrofó.

Instantes después, Vandervreuch se había perdido en las tinieblas.

Saldon se enjugó el abundante sudor de su frente con la manga.

— Estuvo a punto de hacerme perder los estribos — dijo.

— A cualquiera le hubiese pasado lo mismo, Delny — dijo Lozano en tono tranquilizador.

— Sí, pero él me obligó a cometer un homicidio. ¿Crees que ha resultado agradable para mí tener que quitar la vida a un semejante?

— Él disparó primero, Delny — terció Flora. Saldon movió la cabeza.

— Sí, y aunque relativo, no deja de ser un consuelo. Vamos a ver si encontramos al perro, Flora.

No tardaron mucho en hallarlo. Estaba inmóvil y ya frío.

— Seguramente, le dieron algunos trozos de carne envenenada — apuntó Saldon.

— Rosalía se llevará un tremendo disgusto — contestó ella.

Regresaron a la casa. En efecto, Rosalía se echó a llorar cuando le dieron la noticia.

— Procure consolarla, Flora — aconsejó el joven.

Las dos mujeres se retiraron al interior de la casa.

Ana estaba ya levantada también.

— Juan, tú y yo tenemos que hacer una cosa muy poco agradable — dijo Saldon a continuación.

— Comprendo, Delny.

Entre los dos hombres apartaron el cadáver del forajido. Cavaron una tumba y luego volvieron a la casa.

Flora les ofreció sendas tazas de café.

— Me parece que ya no podremos tomar café hasta sabe Dios

cuándo — dijo, sonriendo con tristeza.

El calor era ya intensísimo. Pese a que era de noche, el termómetro marcaba cuarenta y un grados.

Ciphor y Krissatov regresaron momentos después.

— El aparato no ha sufrido ningún desperfecto — informó Ciphor.

— Muy bien —contestó Saldon—. Entonces, dadas las circunstancias, y puesto que es muy probable que Vandervreuch no habrá sido el único en pensar que yo puedo hallarme por estos parajes, lo mejor que podemos hacer es prepararnos para la marcha. Ya no estamos en condiciones de demorar más nuestra partida.

La sugerencia fue aceptada sin más discusión.

Una hora después, estaban listos para partir.

El cielo seguía enrojecido hasta el este cuando Rosalía volvió sus ojos, contemplando la casa donde había vivido tantos años.

Lloró un poco. Su esposo, comprensivo, la atrajo hacia su pecho.

— La reconstruiremos cuando volvamos — prometió.

De repente, Ciphor dejó escapar una exclamación.

— ¡Cielos! Me olvidaba de lo más importante.

Y entró corriendo en la casa, para salir un minuto después, con un paquete en la mano.

El paquete tenía la forma de un gran sobre y era bastante abultado. Ciphor sonrió y dijo:

— Es mi... perdón, nuestro seguro de vida. —Se volvió—. Jim, ¿quiere guardarlo en mi mochila?

— Con mucho gusto, profesor.

Momentos después, las siete personas emprendían la marcha.

Llegaron a las inmediaciones de la cueva, cuando ya las sombras de la noche se batían en retirada. El resplandor del incendio era sustituido poco a poco por una enorme humareda que se elevaba a gran altura.

Saldon consultó su termómetro portátil. La temperatura era de cuarenta y ocho grados.

— Llegará a cincuenta y cinco o sesenta al mediodía — profetizó.

Los matorrales que ocultaban la entrada de la cueva estaban ya a la vista. De pronto, dos figuras humanas se aparecieron ante sus ojos.

— ¡Maldición! —gritó Lozano—. Ya están aquí esos miserables.

Saldon apretó los labios. Vandervreuch y su acólito avanzaron hacia ellos con los brazos en alto.

— No queremos causarles el menor daño —dijo el traficante en

tono humilde—. Sólo les pedimos que nos dejen ir con ustedes.

— Les registraré —contestó el joven en tono seco—. No tengo ganas de que nos jueguen una trastada.

— ¿Es que vas a dejarles que vengan con nosotros? — preguntó Lozano.

Sobrevino un momento de silencio. Saldon vaciló.

Vandervreuch y su acólito les miraron ansiosamente. Saldon sintió lástima hacia los dos sujetos.

— Haremos todo lo que nos manden — ofreció el belga.

— Cometieron tres asesinatos, recuérdalo, Delny — habló Lozano.

Saldon reflexionó todavía unos instantes. Luego contestó:

— Ésta es una decisión que no puedo adoptar por mí mismo. La respuesta habrá de ser afirmativa por parte de todos... si creen conveniente que ustedes vengan con nosotros.

De nuevo volvió el silencio.

— Son unos miserables. —Flora fue la primera en hablar—. Pero también son seres humanos. No podemos abandonarles en estos momentos críticos. Al menos, ésa es mi opinión.

Saldon miró al matrimonio Lozano. Rosalía dijo:

— Procuraré olvidar mi pobre perro.

— Está bien —gruñó Lozano—. Que vengan, pero si se desmandan, juro que...

— No se arrepentirán de su decisión — prometió Vandervreuch.

— Eso esperamos — respondió Saldon con sequedad.

Y acto seguido, se acercó a la entrada de la cueva.

Contempló durante unos momentos el negro orificio. Allá abajo, en las entrañas de la tierra, se hallaba la salvación de todos los componentes del grupo.

CAPÍTULO VIII

Saldon consultó su reloj y dijo:

— Es hora de hacer alto.

La hilera de personas se detuvo en el acto.

A lo lejos se oía el rumor de una corriente de agua. La temperatura era más bien fresca.

Todos iban provistos de cascos, con lámpara acoplada. La lámpara estaba alimentada por usa pila de las llamadas eternas. La palabra resultaba inexacta, aunque la duración de dicha pila podía alcanzar, según las circunstancias, hasta cinco años.

Saldon se despojó de la mochila y la depositó en el suelo.

— Denme sus cantimploras —pidió—. Voy a buscar agua.

— Le acompañaré — se ofreció Flora.

— Muy bien.

Saldon recogió las cantimploras. Luego aconsejó:

— Dejen sólo una lámpara encendida. Tendrán bastante para alumbrarse durante el descanso.

— Yo creí que las pilas duraban un montón de tiempo —dijo Vandervreuch en forma un tanto despectiva—. ¿Por qué ahorrar luz?

Saldon hizo un gesto de paciencia.

— No se trata de economizar la carga de las pilas, sino de prevenir la rotura de alguna lámpara. Inevitablemente, se producirá un accidente, tarde o temprano, y más de una lámpara se romperá.

— Está bien —contestó el belga, haciendo una mueca —. Apaga la lámpara, Andró.

Su compinche se llamaba Andró Praise. Desde el día de la partida, ambos sujetos habían hablado muy poco, apenas lo indispensable, manteniéndose casi siempre apartados del grupo general.

Saldon y Flora emprendieron la marcha, hacia el lugar donde se escuchaba el rumor de la corriente. El campamento quedaría instalado en una caverna de notable amplitud, cuyo suelo estaba constituido por una espesa capa de arena fina y seca.

Llevaban ya cuatro semanas de marcha. El profundímetro indicaba diez kilómetros y la distancia recorrida era de unos doscientos.

— ¿Qué habrá pasado por «allá arriba», Delny? — preguntó Flora, después de algunos minutos de silencio.

— Estará pasando —contestó él con intención—. Puede figurárselo.

Flora se estremeció.

— Prefiero no pensar en ello. ¡Deben de estar muriendo por miles, Delny!

— Por millones, sería la expresión más correcta, Flora.

— ¡Qué catástrofe, Dios mío, qué catástrofe! Delny, ¿se da cuenta de que la humanidad retrocederá en poquísimo tiempo más aún de lo que había conseguido avanzar?

— Será un retroceso hasta la Prehistoria —convino él—. Los pocos que nos salvemos... que se salven, mejor dicho, tendrán que empezar de nuevo.

— En un mundo calcinado y abrasado. Sin plantas, sin animales... con los mares desecados... También los peces morirán, Delny.

Saldon apretó suavemente el brazo de la muchacha.

— Valor, Flora — dijo en tono persuasivo —. Todavía estamos vivos y... bueno, es una frase tópica, pero ya se sabe: Mientras hay vida...

Ella sonrió.

— Sí, debemos conservar la esperanza.

El túnel se estrechó de pronto.

— ¿Recuerda usted este paso, Delny? — preguntó ella.

— Sí, claro. Mire, ¿ve esta señal?

Le indicó una flecha grabada en una roca, con una punta de metal.

— ¿La hizo usted, Delny?

— Sí.

— ¿Cuántos días hacía que se había separado de Bert?

— No lo sé —contestó él, con los labios apretados—. Había perdido ya la cuenta del tiempo.

Flora se dio cuenta de que el joven no quería ser muy explícito respecto de las terribles aventuras que había pasado en el seno de la tierra, y no quiso insistir con nuevas preguntas.

El túnel se ensanchó de pronto, a la vez que el ruido del torrente se hacía ensordecedor.

Cincuenta metros más adelante, las lámparas iluminaron una gran cascada de agua que llegaba de las alturas, formando un gran estanque, antes de proseguir su camino a través de una torrentera de pronunciada pendiente y con numerosas rocas.

Flora se arrodilló y metió la mano en el agua.

— ¡Está caliente! — dijo, sorprendida.

— Sí. Parece que llega de algún punto donde hay actividad volcánica. Luego, en las cantimploras se enfriará.

Flora probó el agua.

— Sabe a hierro, Delny — observó.

— Lo cual significa que es ferruginosa y medicinal — sonrió él, metiendo la primera cantimplora en el interior del estanque.

Llenaron todos los recipientes.

— Se me está ocurriendo una idea — dijo Flora de pronto.

— Bien, hable. ¿De qué se trata?

— Siempre fui partidaria de la higiene, Delny — manifestó ella, sonriendo.

— Comprendo —dijo él—. Bueno, avisaré a las otras mujeres, por si quieren hacerle compañía.

Recogió todas las cantimploras y emprendió el regreso hacia el campamento.

— Hay un estanque de agua caliente —dijo—. Flora se está bañando ya. Las damas pueden aprovechar la ocasión.

— No me la dejaré escapar —exclamó Rosalía—. Vamos, Ana.

La doncella estaba hablando con Krissatov. Rosalía tuvo que llamarla por segunda vez.

— ¡Ana!

Saldon sonrió. Krissatov y la doncella parecían haber congeniado bastante. Ana se ruborizó y siguió a Rosalía.

De pronto, cuando apenas las dos mujeres habían dado cuatro pasos, llegó hasta allí el eco de un agudo grito.

— ¡Es Flora! — exclamó Saldon, lanzándose a la carrera hacia delante.

Llegó en unos instantes a la caverna donde surgía el torrente. Flora, sumergida en el agua hasta el cuello, señalaba con el brazo hacia un punto situado al otro lado de la caverna.

— ¡Allí, Delny, allí! — gritó.

— ¿Qué es lo que sucede? — preguntó el joven, alarmado.

Flora estaba muy pálida.

— He visto una cara humana — dijo —. Alguien me miraba mientras me estaba bañando.

Saldon frunció el cepo.

— Flora, estamos solos. No hay en estos parajes nadie más que nosotros.

— Le aseguro que... Dios mío, no puedo equivocarme, Delny. Vi al hombre tan bien como les estoy viendo a ustedes, aunque sólo fue un instante. No ha sido una alucinación, se lo aseguro.

Saldon reflexionó unos momentos.

Cuando sonó el grito, todos estaban en el campamento. No podía, por tanto, tratarse de uno de los miembros de la expedición.

— Tendré que pasar al otro lado —dijo—. Salga afuera y vístase, Flora.

Se volvió de espaldas, mientras la joven, ayudada por Rosalía y Ana, salía del estanque. Flora se vistió rápidamente.

— Ya puede volverse, Delny — dijo, al terminar.

— Muy bien.

Saldon se quitó todas las ropas, a excepción de los pantalones. Se echó al agua y atravesó el estanque en unos segundos.

Salió al otro lado. Había como una especie de repisa rocosa al pie de la pared, la cual siguió durante una docena de metros, en medio de la expectante atención de todos los presentes.

— Ahí — dijo Flora de pronto, cuando hubo llegado a determinado punto de la caverna.

Saldon vio un saliente rocoso y le dio la vuelta, encontrándose ante una grieta de un metro escaso de anchura. Flora procuró orientar hacia allí el haz de rayos de su lámpara.

La grieta parecía profunda. Pero Saldon no pudo caminar más allá de una docena de pasos.

Una gran roca obstruía el camino. Saldon trató de encontrar algún intersticio, sin conseguirlo.

Se arrodilló en el suelo arenoso. No había tampoco huellas de pies humanos.

— ¿Ve algo, Delny? — gritó la joven.

Saldon se puso en pie y volvió de nuevo a la caverna.

No hay nadie — dijo.

— ¡Pero yo vi una cara humana que me estaba mirando! — insistió la muchacha.

— Quizá se trataba de una ilusión de sus sentidos — terció el profesor.

— No. No fue ninguna ilusión — protestó Flora con energía—. Era...

— ¿Hombre o mujer? — preguntó Rosalía.

La joven se quedó parada.

— No puedo asegurarlo —dijo—. Me pareció que tenía el pelo muy largo, de color claro, eso sí... pero se escondió tan rápidamente, que no pude distinguir más detalles.

— ¿Vestido o desnudo? — inquirió Ciphor.

Flora se pasó una mano por la frente.

— No sé —contestó, insegura—. Ya digo que no me dio tiempo... Tal vez, en efecto, fuese una ilusión mía. Siento haberles alarmado

—se disculpó—. Perdónenme, todos, por favor.

Saldon cruzó de nuevo el estanque.

— Lo mejor será que dejen el baño para mejor ocasión —recomendó—. Ahora les conviene tomar algo de alimento y descansar. La jornada de mañana será fatigosa.

Más tarde, Flora buscó un aparte con Saldon.

— Delny, no me ha tomado por una loca, ¿verdad? — expresó con ansiedad en su voz.

Saldon le dirigió una sonrisa amistosa.

— No tiene nada de particular, Flora — contestó —. Aunque somos nueve personas, en cierto modo, nos hallamos solos. Subconscientemente, usted busca compañía... y esto es lo que, tal vez, le causó aquella visión.

— Delny —dijo ella con acento solemne—, por lo que más quiera, le juro que no hubo visión. Era una persona, hombre o mujer, no importa... pero un ser real.

— En todo caso, se escondió muy bien o debe de poseer unas fuerzas prodigiosas, porque cerró la grieta con una roca que ni diez hombres juntos habrían podido mover. Lo siento, Flora; el paso por allí estaba cerrado cuando yo miré..., si es que alguna vez hubo un paso en aquel lugar.

Ella se quedó pensativa unos instantes.

— Delny, estoy pensando...

— ¿En qué, Flora?

— ¿Y si mi hermano viviese todavía?

Saldon miró a la joven extrañado.

— Flora, por favor — dijo.

Ella sonrió con tristeza.

— Sí, ya sé; sólo son ansias de que suceda lo que es imposible. —Apoyó una mano en su brazo—. Perdóneme, Delny, y olvide todo lo que le he dicho. Gracias por no llamarme loca.

— Usted no lo es, Flora —sonrió él también. De pronto se puso serio—. Es difícil confesarlo una vez más, pero Bert agonizaba cuando nos separamos. Daría algo bueno por que viviese, pero es imposible.

— Comprendo — murmuró la joven —. ¿Cuándo volveremos a la superficie, Delny?

— Todavía habrá de pasar mucho tiempo.

— ¿Un año?

— Más. Año y medio, quizá dos. Incluso puede que pasen tres. Se trata de sobrevivir, Flora.

— ¿Seremos los único supervivientes en un mundo devastado

por el calor?

— Las noticias que recibimos son cada vez más desalentadoras —contestó él—. De lo que no hay duda es que la vida será muchísimo más dura y difícil cuando regresemos a la superficie.

— Si regresamos — dijo Flora desanimada.

Saldon le tomó las manos.

— Volveremos, se lo prometo. —La miró fijamente al fondo de los ojos—. Y entonces, empezaremos a anular el retroceso en que habremos caído.

El seno de la joven palpitó con fuerza. Sonrió.

— Tendremos que hacerlo, Delny —dijo—. Será nuestra más perentoria obligación.

CAPÍTULO IX

Estaban todos reunidos alrededor del aparato de radio, escuchando ávidamente la voz del locutor.

— Escenas horribles... un pánico general se abate sobre la Tierra... La gente, enloquece por el calor... Hay motines por todas partes... La falta de víveres es general...

Él locutor se interrumpió de pronto. Se oyó la voz de otra persona que hablaba con él en el estudio.

Era más bien una violenta discusión. De pronto, el locutor volvió a acercarse al micrófono.

— Señoras y señores..., en el supuesto de que alguien me esté escuchado todavía: Ésta es nuestra última emisión. No hace falta que explique los motivos; están en el ánimo de todos los que... sigan oyéndome. Adiós... y buena suerte.

Se oyó un chasquido. Luego, la radio permaneció silenciosa.

Saldon dio media vuelta al conmutador.

— Dejaremos aquí el aparato —dijo—. De nada serviría llevar un peso inútil.

Flora se sentó en el suelo y cruzó las piernas.

— ¿Cuántos días llevamos de marcha? — preguntó.

— Nueve semanas — contestó Krissatov, que era el encargado de ir anotando el tiempo.

— Voy a preparar la comida — dijo Ciphor.

— ¿A qué profundidad estamos? — quiso saber Rosalía.

Saldon consultó el profundímetro.

— Sesenta y nueve kilómetros. Y hemos caminado mil trescientos veinte.

— En mi opinión —terció Vandervreuch—, debiéramos acampar aquí definitivamente. No tiene objeto seguir adelante, cuando casi setenta kilómetros de roca nos separan de la superficie.

Saldon le dirigió una mirada irritada.

— Seguiremos hasta alcanzar la cota mínima de quinientos kilómetros negativos, tanto si le gusta como no —declaró—. Cuando la temperatura llegue en el exterior a su punto máximo, la capa sólida se irá calentando gradualmente y no será agradable estar tan cerca de la superficie, aunque a usted le parezca que estamos muy alejados.

Vandervreuch se calló. Luego se separó unos pasos del grupo, con su compinche, y los dos empezaron a hablar en voz baja.

— Tendremos que vigilarlos con mucha atención — murmuró Lozano.

— Dormiremos por turnos — aprobó Saldon.

Ambos pensaban lo mismo: aquella pareja no era de fiar.

Se oyó un suave zumbido. Ciphor ponía en funcionamiento el transformador de proteínas.

Por medio de un taladro, cuya fresa giraba a gran velocidad, Ciphor practicó un orificio en el suelo. El agujero tenía un diámetro de tres centímetros y Ciphor detuvo la acción del taladro al alcanzar una profundidad de medio metro.

Entonces lo sacó e insertó en su lugar un tubo flexible de metal. Manipuló un par de conmutadores en el cuadro de mandos del transformador y esperó unos momentos.

Diez minutos después, presionó una pequeña palanquita. Se oyó un leve chasquido.

Una tableta de una sustancia gris oscuro salió por una estrecha ranura. La tableta medía cinco centímetros de largo, por uno de grueso y tres de ancho.

— La primera ración —dijo alegremente—. ¿Quién la quiere?

— Las damas tienen preferencia — sonrió Saldon.

Flora cogió la tableta. Luego abrió la cantimplora y vertió unas gotas de agua sobre la tableta.

Bastó el equivalente de dos cucharaditas. En pocos segundos, la tableta se hinchó y adquirió el tamaño de un buen filete de vaca.

La tableta contenía todos los elementos necesarios para la nutrición, extraídos directamente del suelo y transformados de modo adecuado por el aparato inventado por Ciphor. Vandervreuch y Praise vinieron luego a recoger sus raciones.

— Esto tiene un gusto muy monótono — se quejó el traficante.

— Entonces, muerda la roca directamente — contestó Lozano con ironía.

— Tal vez le encuentre sabor a perro — añadió su esposa en tono mordaz.

Vandervreuch enrojeció. Tomó su ración y se alejó, seguido de su acólito.

— Esos tipos me gustan cada vez menos — gruñó Saldon.

— Debimos haberlos dejado allá arriba — dijo Krissatov.

— Hubiera sido una buena idea, pero luego la conciencia nos lo habría reprochado sin cesar — terció Flora.

— En cambio, ellos están planeando una jugarreta... y, créame, en cambio, a ellos, no les remorderá la conciencia si consiguieran llevarla a cabo — afirmó Saldon.

Durante las dos semanas siguientes, pese a sus aprensiones, no ocurrió nada de particular. Descendieron diez kilómetros más y avanzaron ciento treinta.

Dieciséis días más tarde, atravesaron un paso de singular angostura. Al otro lado, encontraron una amplia caverna, por cuyo centro discurría un arroyó de rápidas aguas.

— Acamparemos aquí — decidió Saldon.

No había día ni noche en las profundidades de la tierra, pero seguían puntualmente el horario exterior.

A medianoche, sonó un gemido sofocado. Todos dormían, por lo que nadie se dio cuenta de que Krissatov, que estaba en vela en aquellos momentos, quedaba tendido en el suelo.

Minutos más tarde, el suelo vibró sordamente. Se oyeron unos ruidos y crujidos extraños, que hicieron a Saldon sentarse en el suelo.

La lámpara de Krissatov proporcionaba una suave iluminación al lugar. Al mirar hacia el túnel, Saldon divisó una leve polvareda que salía por el otro lado.

Luego vio la figura inmóvil de Krissatov. Una helada sospecha se apoderó de su ánimo.

Flora había despertado también.

— ¿Qué son esos ruidos, Delny? — preguntó, viendo que el joven se ponía en pie.

Los demás se habían despertado también. Saldon se puso en pie y avanzó hacia donde yacía Krissatov inmóvil.

La joven corrió en dirección a Saldon.

— Está muerto — dijo, arrodillándose al lado del científico.

Sonó un gemido.

— ¡Jim! — gritó Ana.

Saldon puso una mano sobre el pecho de Krissatov. Luego le tanteó la cabeza, hallándole en la nuca un bulto más que regular.

— No —dijo—. Tranquilícese, Ana; sólo se trata de un golpe...

— ¿Es que se ha caído de espaldas? — preguntó Ciphor.

Saldon frunció el ceño.

— ¡Pues es verdad! — se extrañó —. Aunque hubiera sido así, el suelo es arenoso y...

Una exclamación de ira se escapó de sus labios.

— ¡Vandervreuch! — gritó.

Ciphor miró en torno suyo.

— ¡Se han llevado el transformador de proteínas! — dijo.

Rosalía se tambaleó. Su esposo se vio obligado a sostenerla con los brazos.

Saldon se puso el casco con la lámpara y avanzó hacia el túnel. Palideció.

— Lo han cegado —dijo—. Provocar un derrumbamiento fue fácil...

La mano de Flora se crispó en torno a su brazo.

— ¡Dios mío! — murmuró —. ¿Qué va a ser ahora de nosotros?

Sobrevino un momento de silencio. Saldon respiró hondo.

— Todavía tenemos una solución —dijo—. Vamos a apartar las rocas.

Lozano se le unió en el acto.

— ¡Si encuentro a esos tipos, los mataré! — prometió.

Emprendieron la labor sin pérdida de tiempo. En medio de todo, las rocas estaban sueltas y esto les permitía avanzar con relativa rapidez.

Ciphor trajo la sonda sísmica portátil. Efectuó una descarga y luego consultó el indicador.

— Hay nueve metros de materiales entre nosotros y el lado libre — dijo.

— Tardaremos un poco, pero lo conseguiremos — aseguró el joven.

Las mujeres ayudaron también, llevando las rocas que los hombres iban sacando del túnel.

— Debían de estar esperando la ocasión propicia para asestar su golpe — comentó Lozano poco después.

—Sí, pero ¿adónde piensan dirigirse esos locos? — quiso saber Krissatov, que ya se había recuperado.

— Tal vez piensan bloquearnos y esperar a que muramos de hambre — opinó Saldon.

— Pero, ¿cómo pueden pensar una cosa semejante? — exclamó Flora—. El transformador puede funcionar durante años enteros...

— El egoísmo les impide razonar sensatamente, eso es todo.

— De todas formas, aunque consiguieran sobrevivir hasta que la superficie sea habitable, morirían en el exterior al cabo de un tiempo — dijo el profesor.

— ¿Por qué? — quiso saber Rosalía.

— No tienen seguro de vida — respondió Ciphor de modo enigmático.

— ¿Cómo dice?

— Nada, no tiene importancia ahora. Sigamos trabajando.

Lenta y tenazmente, continuaron la tarea. Saltaban las uñas y se despellejaban los dedos, pero ninguno cedía ni aflojaba el ritmo.

Horas después, Saldon notó en el rostro una débil corriente de

aire.

— Creo que ya hemos llegado al otro lado — dijo.

Una exclamación de unánime alivio brotó de todos los labios. Momentos después, había el espacio suficiente para que una persona pudiera pasar al otro lado.

Saldon fue el primero en hacerlo, seguido de todos los demás. El joven corrió una veintena de metros, hasta llegar al sitio donde se ensanchaba el túnel.

De pronto, divisó un cuerpo humano tendido en el suelo.

— Ahí está uno de esos miserables — gritó.

Era Praise y estaba muerto.

Saldon observó atónito aquella especie de venablo de piedra que sobresalía del pecho del rufián, cuyos ojos estaban desmesuradamente abiertos, helados en una suprema mueca de terror.

— ¡Dios mío! — murmuró el joven, arrodillándose al lado del cadáver.

Tocó la lanza de piedra. Mediría un metro de longitud por cinco o seis centímetros de grueso, y su superficie mostraba un tosco pulimento.

— ¡Menos mal! —exclamó Ciphor—. El transformador está aquí.

— ¡Quietos! — exclamó Saldon de pronto.

Se puso en pie. Todos le miraban expectantes.

El joven señaló la lanza de piedra clavada en el pecho de Praise.

— Vandervreuch no usaba un arma semejante — dijo —. Por tanto, él no ha sido quien mató a su compinche.

— En todo caso —añadió Flora—, se habría llevado el aparato. ¿Por qué lo abandonó?

— Es posible que ahora sepamos algo — contestó Saldon.

Enfocó la lámpara hacia el suelo arenoso. Se veían varias huellas de pies humanos.

Algunas pertenecían a Vandervreuch. La impronta de sus botas era inconfundible.

Pero también se veían huellas de pies desnudos, y el descubrimiento anonadó a todos los presentes.

— ¿Es posible que existan seres humanos a tanta profundidad? — murmuró Krissatov, espantado.

Saldon no contestó. Estaba siguiendo el rastro de los pies desnudos, los cuales le llevaron a una grieta abierta en uno de los muros rocosos.

La grieta se cerraba a pocos pasos de la entrada. Todos los esfuerzos que el joven realizó para forzar el obstáculo que le

impedía seguir adelante, resultaron inútiles.

Regresó junto a sus compañeros.

— Hay seres humanos —confirmó—. Las huellas desaparecen en el fondo de la grieta, pero sin explosivos resulta imposible seguir adelante.

— ¿Son ellos los que se han llevado a Vandervreuch? —preguntó Flora.

— Parece que sí. Los rastros de las botas del belga así lo indican.

— Pero ¿qué clase de seres son? —exclamó Krissatov—. ¿Cómo es posible que un hombre, o diez o mil, puedan vivir años y años enteros a tantos kilómetros de la superficie?

Las preguntas del científico quedaron sin respuesta. Un denso silencio gravitó de repente sobre aquel lugar.

Flora miró a Saldon. El joven comprendió en el acto el significado de aquella mirada.

— Las huellas indican que fueron más de uno — aclaró.

— Y mataron a Praise. ¿Por qué? — preguntó Ciphor.

— Tal vez intentaría resistirse, no se me ocurre otra explicación, profesor.

— No puedo decir que me alegre de la muerte de un semejante, pero tampoco lo lamento demasiado — dijo Juan.

— A fin de cuentas, ellos trataron de matamos a nosotros — añadió Ana.

— Fui un descuidado, lo reconozco — se excusó Krissatov.

Ana se cogió de su brazo y le miró con intenso cariño.

— Estás vivo y eso es todo lo que importa, Jim — dijo.

Saldon ocultó una sonrisa. Miró a Flora y la joven se ruborizó.

— Bien —dijo Saldon a poco—, lo mejor será que levantemos el campamento y continuemos nuestro camino. Si esos misteriosos habitantes de las profundidades quieren dejarse ver algún día, ya lo harán cuando lo estimen conveniente.

Más tarde, Flora se llevó aparte a Saldon.

— Delny —murmuró—, no me llame tonta, pero...

— Los hechos han demostrado que usted tenía razón, Flora — dijo él.

—Sí, aunque eso es lo de menos ahora. Lo importante. es... Delny, se lo digo de corazón. Presiento que Bert sigue con vida todavía.

Saldon no quiso contestar. Después de lo ocurrido, empezaba a pensar de idéntica manera.

CAPÍTULO X

El suelo tembló de súbito.

Una roca se desprendió del techo.

— ¡Cuidado! — gritó Saldon.

Un sordo fragor se extendió por el ambiente. Los expedicionarios notaban la vibración del suelo bajo sus pies.

— ¿Qué es lo que ocurre? — gritó Rosalía.

— Cálmese, señora Lozano — aconsejó Ciphor—. Se trata de un terremoto, cuyo epicentro, por suerte, se halla a centenares o tal vez miles de kilómetros de nosotros.

Habían recorrido ya más de dos mil bajo tierra en unos cuatro meses de caminar sin otros descansos que los imprescindibles. La profundidad alcanzaba ya los doscientos veinticuatro kilómetros.

El fragor de la sacudida sísmica fue alejándose hasta desaparecer del todo.

Saldon se descargó de la mochila.

— Sugiero la conveniencia de acampar aquí — dijo.

La idea fue aceptada en el acto. Procuraban acampar siempre en lugares de gran amplitud y próximos a alguna corriente de agua, que nunca faltaba en las profundidades de la tierra.

Se apagaron todas las lámparas menos una. Flora se quitó el equipaje de los hombros y desenrolló su saco de dormir.

El profesor se ocupaba de preparar la cena, como de costumbre.

Saldon exploró las inmediaciones del campamento. Volvió una hora después.

Sonreía.

— ¿Ha encontrado algo de particular? — preguntó Ciphor, al entregarle una tableta de alimento.

—Sí, pero es como si no lo hubiese encontrado — respondió el joven.

— ¿De qué se trata? — quiso saber Flora.

— Peces.

Juan puso los ojos en blanco.

— Un pez, bien asado en las brasas... — suspiró.

— Faltan las brasas. Por eso no quise intentar pescar uno siquiera — manifestó Saldon.

Krissatov estaba consultando la temperatura.

— Estamos a veintisiete grados — dijo.

— Y eso, ¿qué significa? — preguntó Ana.

— Sencillamente, que es una temperatura poco normal.

— ¿Estaba el agua caliente, Delny? — inquirió. Ciphor.

— No, todo lo contrario, más bien fresquita, profesor.

— Los peces no podrían vivir en un medio demasiado cálido — expresó Krissatov.

— Entonces, no lo entiendo — dijo Saldon, meneando la cabeza.

Pegó un bocado a la tableta alimenticia.

— Y de Vandervreuch no hemos vuelto a tener la menor noticia — agregó a poco.

— Vivimos muy felices sin él — declaró Rosalía.

Dos días después, la temperatura había aumentado hasta los treinta y tres centígrados.

— Debemos hallarnos en las proximidades del conducto de la lava de algún volcán — opinó Ciphor.

— ¿No puede ser que las elevadas temperaturas extremas empiecen a manifestarse ya aquí abajo? — preguntó Saldon.

— Dentro de unos meses, tal vez. Ahora, no; es demasiado pronto.

Al atardecer de aquel día, llegaron a un lugar en el que se divisaban dos túneles.

Saldon, que caminaba en cabeza, como de costumbre, se detuvo perplejo.

— ¿Cuál de los dos seguimos? — preguntó.

— Si tuviera una moneda encima, lo echaríamos a suertes — propuso Lozano.

La incertidumbre hacía presa en el ánimo de los expedicionarios. De pronto, Flora exhaló un agudo grito.

— ¡No hace falta moneda! —dijo—. Ya tenemos señalado el itinerario. ¡Miren!

Corrió hacia la entrada del túnel de la izquierda y señaló la flecha grabada profundamente en la roca.

— Eso lo hizo Delny cuando pasó por aquí — exclamó Krissatov.

— No es cierto. Es la primera vez que estoy en este lugar — contestó el aludido.

Flora se volvió con gesto triunfal hacia sus acompañantes.

— Además, si Delny hubiera hecho esta señal, la flecha señalaría hacia arriba y no «hacia abajo», como ésta — declaró excitada.

Saldon examinó la señal. Medía casi un metro de largo y estaba profundamente grabada en la superficie rocosa.

— Me siento aturdido —musitó —. ¿Cómo es posible que haya seres capaces de vivir en estas profundidades?

— No hay más que uno, Delny — exclamó Flora con toda

intención.

Saldon la miró fijamente.

— Es imposible, imposible… Resultaría increíble, Flora — dijo.

— Hemos visto huellas. Yo vi su cara una vez, aunque no supe o no tuve tiempo de reconocerle. ¡Pero Bert está vivo, vivo todavía! ¿Me oyen todos? ¡Hemos de encontrarle cuanto antes…!

Ciphor procuró calmar la intensa excitación que se había apoderado de la muchacha.

— Repórtate, Flora —dijo, en tono persuasivo—. Puede que se trate de Bert, o puede que sea otra persona. U otras — añadió —; pero de lo que no cabe duda es que, por ahora, prefieren no mostrarse. Cuando quieran hacerlo, cuando lo crean oportuno, ya se dejarán ver.

— Lo importante es que nos marcan el camino — dijo Krissatov.

Saldon estaba examinando la señal con profunda atención.

— Este grabado es reciente —manifestó—. La superficie externa de la huella no ha tenido tiempo aún de sufrir la oxidación, característica de las rocas expuestas al aire, como sucede con el resto.

— Eso significa que nos van precediendo — exclamó Lozano.

— Parece lo más probable, en efecto — convino Saldon pensativamente.

— Pero ¿por dónde? — dijo Flora —. No hemos visto otros caminos…

— Quizá «ellos» no han querido que los viéramos — opinó el joven—. Y es muy probable, por no decir seguro, que esos caminos existen y sólo «ellos» los conocen.

— Profesor —preguntó—, ¿es posible que exista una raza troglodítica a centenares de kilómetros bajo la superficie del planeta?

Ciphor alzó los hombros.

— Muchacha, en ciencia todo es posible —contestó —. tengo ya bastantes años y ello me ha hecho escéptico respecto a muchas cosas y dogmas que parecían inmutables. Lo único que no ha variado es mi fe en Quien dispuso que todo ocurriera tal como está sucediendo.

— ¿Incluso la desaparición casi total de la humanidad? — preguntó Krissatov con ironía.

— Incluso así, puesto que fue Su voluntad — respondió Ciphor firmemente.

Prodújose una breve pausa, que interrumpió Saldon:

— ¡Sigamos!

La hilera de personas se introdujo por el túnel sin más vacilaciones.

* * *

Cuatro semanas más tarde, habían alcanzado trescientos kilómetros de profundidad y recorrido unos dos mil novecientos.

Saldon dispuso hacer un alto de cuarenta y ocho horas.

Todos lo estaban necesitando. Prácticamente, llevaban más de cinco meses sin detenerse.

No habían vuelto a tener más noticias de los misteriosos habitantes de las profundidades. Ni siquiera habían hallado más indicativos de dirección.

El lugar elegido para acampar era una caverna de majestuosas proporciones, cuyo techo estaba sostenido por algunas columnas de piedra de varios metros de grosor. Un arroyo de aguas humeantes brotaba por una grieta, atravesaba el suelo de la oquedad, que medía más de cien metros de anchura, se remansaba en un estanque amplísimo, que casi ocupaba la mitad del espacio, y desaparecía luego por una serie de cascadas que acababan en un pozo, cuyo final no se podía adivinar.

La caverna mostraba numerosas anfractuosidades, en una de las cuales se situaron los hombres, mientras las mujeres disfrutaban del placer de un baño, después de largas semanas de sólo someras abluciones. Cuando ellas terminaron, los hombres se bañaron a su vez.

Después, tomaron su ración de sol artificial. Saldon había dispuesto que un par de veces, por semana, al menos, se sometieran a la acción de la lámpara de rayos ultravioleta, a fin de evitar los nocivos efectos de una larga permanencia sin el benéfico influjo de la luz solar sobre el organismo. Mientras tanto, Saldon consiguió un alfiler, que curvó convenientemente, para hacer un anzuelo.

Flora estaba tendida boca abajo, con la espalda desnuda, bajo la lámpara.

— ¿Vas a pescar? — preguntó, al ver la acción del joven.

— Sí. He visto algunos peces en el estanque.

— ¿Y cómo piensas asar tus presas?

— No lo sé. —Saldon sonrió—. Aquí no hay más que árboles fósiles y ésos no arden.

— Si pasara cerca una corriente de lava de algún volcán...

— Entonces los asados seríamos nosotros.

Saldon terminó su trabajo. Hurgó en los equipajes y extrajo un

ovillo de cordel que había llevado consigo.

Luego se acercó al estanque. El agua llegaba caliente, pero se enfriaba al remansarse.

Ciphor se acercó al joven, que se había sentado en una roca del borde.

— La naturaleza tiene cosas maravillosas — observó el científico —. ¿Quién iba a suponer que existieran seres humanos y animales a trescientos kilómetros de profundidad?

—Simplemente, es la acomodación del ser vivo al medio ambiente, profesor —contestó Saldon—. También a nosotros nos pasaría lo mismo si tuviésemos que quedarnos a vivir aquí para siempre.

Ciphor se estremeció.

— ¡Dios no lo quiera! — exclamó.

Hubo un momento de silencio. Luego, el profesor dijo:

— Me pregunto qué habrá sucedido «allá arriba».

— Debió de haber sido horrible… es probable que siga siéndolo aún para los escasos supervivientes que queden.

— Pero la humanidad no desaparecerá —afirmó Ciphor—. No olvidemos que había colonias en los planetas y que algunas de ellas disponían de astronaves. Volverán cuando la Tierra se haya hecho de nuevo habitable.

— ¡Hum! Los de Venus lo habrán pasado infinitamente peor que nosotros. Y en cuanto a los de Marte, que era la colonia más numerosa… es probable que sus condiciones de vida hayan incluso mejorado con esté aumento de temperatura.

—Sí, pero sólo de manera accidental…

Saldon tiró de pronto del cordel y sacó un pez que medía más de medio metro de largo.

—Carece de ojos — observó.

— Es un órgano que no necesita. No olvidemos que viven en un medio ambiente sumido en perpetuas tinieblas.

Los coletazos del pez cesaron a poco.

— Profesor, tenemos pilas. ¿No habría medio de construir una resistencia eléctrica con algún trozo de hilo metálico enrollado, a fin de poder obtener el calor suficiente para asar los peces?

Ciphor reflexionó unos momentos.

— No sé… — murmuró.

De pronto, sonó un grito:

— ¡Delny, mira aquella luz roja!

Saldon se incorporó de un salto. Flora se había puesto en pie, sujetándose la ropa contra el pecho con una mano, en tanto que con

la otra señalaba hacia un rincón particularmente oscuro de la caverna.

El joven divisó un tenue resplandor rojizo. Movido por la curiosidad, se acercó a aquel sitio, que se hallaba a poca distancia de la entrada de un túnel, por el que pensaban continuar su ruta, después de la etapa de descanso.

Flora corrió también hacia allí. Al llegar a las cercanías de la boca del túnel, los dos jóvenes se detuvieron como heridos por el rayo.

Había una amplia losa, de casi veinte centímetros de espesor, por más de un metro de lado, con una especie de hueco en su centro, en el que brillaban unas piedras incandescentes que despedían un intenso calor.

Ciphor se unió a la pareja. Los demás llegaron instantes más tarde.

— ¡Es fuego, fuego! —exclamó Rosalía, arrobada, juntando las manos—. ¡Por fin vamos a comer algo caliente!

Juan sonrió.

— Se impone su espíritu práctico de cocinera — comentó.

Saldon no dijo nada. Estaba muy preocupado.

Era otra nueva muestra de la presencia de aquellos seres misteriosos, que no querían darse a conocer todavía.

— ¿Quiénes son? — exclamó en voz alta —. ¿Dónde habitan? ¿De qué y cómo viven?

Ciphor meneó la cabeza.

— Es difícil, por ahora, responder a esas preguntas, pero has olvidado lo más importante, muchacho.

Saldon volvió los ojos hacia el profesor con expresión inquisitiva.

— Sí — dijo Ciphor —. La pregunta más importante es: ¿De dónde proceden?

Ninguno de los presentes se sintió capaz de hallar la respuesta no ya más adecuada, sino más aproximada.

CAPÍTULO XI

Saldon se detuvo y lanzó un suspiro.

—Otro nuevo mes — dijo, empezando a descargarse la mochila. Consultó el profundímetro—. Trescientos noventa y siete kilómetros de roca gravitan sobre nosotros.

— ¿Y la distancia desde la superficie? — preguntó Flora.

— En cifras redondas, tres mil seiscientos kilómetros.

— No está mal —comentó Krissatov. Miró a Ana y sonrió—: Será un buen entrenamiento para cuando volvamos allá arriba. Entonces, no tendremos más remedio que hacer nuestros desplazamientos a pie.

Rosalía, con su habitual sentido práctico, se aprestaba a preparar la comida. En todo aquel tiempo, Ciphor le había enseñado el manejo del transformador de alimentos, y ahora, era ella quien se preocupaba de las comidas de los expedicionarios.

Una vez descargado de su equipaje, Saldon, como de costumbre, decidió hacer una exploración por las inmediaciones.

— Te acompañaré, si no tienes inconveniente — se ofreció Flora.

— En absoluto, a menos que estés cansada.

Ella sonrió.

— Tengo ya los músculos muy duros. — Suspiró —. Jamás había caminado tanto, créeme.

— Jim lo ha expresado muy bien: será un buen entrenamiento para cuando podamos volver al exterior.

Se adentraron por un túnel espacioso, de paredes relativamente lisas, vitrificadas en muchas partes.

— En tiempos remotísimos, debió de ser conducto de la lava de algún volcán hoy extinguido — apuntó el joven.

El suelo mostraba una cierta pendiente. La amplitud del túnel les permitía caminar emparejados.

Un cuarto de hora más tarde, el túnel se ensanchó un poco, pero sin mostrar indicios de que fuese a convertirse en una caverna. Saldon decidió emprender la vuelta.

— Ya hemos visto bastante — dijo.

Hurgó en sus bolsillos con gesto maquinal. Luego sonrió.

— Un hábito que he tenido que desechar. Buscaba cigarrillos.

— Lo siento. Nunca fumé —contestó ella—. Pero prescindir del tabaco es cosa de poca monta. Tendremos que prescindir allá arriba de cosas mucho más importantes.

— Sí — convino él con acento reflexivo —. No obstante, creo que sobreviviremos.

Miró a la joven.

— Tú lo sentirás más —añadió—. Estabas acostumbrada a vivir con muchas comodidades.

— No parece que las esté echando ahora de menos — contestó Flora, un tanto picada.

— Dispénsame, no quise ofenderte. Sólo... sólo traté de exponerte las cosas tal como serán a nuestro regreso.

— ¿Crees que no sabré adaptarme a una vida digamos casi prehistórica?

— Y hasta casarte y tener hijos.

Flora le miró con los ojos muy abiertos.

— ¿Casarme? ¿Con quién, Delny?

Las manos del joven se posaron sobre sus hombros.

— ¿Podré pedir tu mano algún día? — preguntó. Ella se estremeció. Una dulce sonrisa entreabrió sus labios.

— Inténtalo — contestó.

Callaron un momento. Luego, despacio, Saldon la atrajo hacia sí.

Flora levantó sus brazos. Pero, de pronto, se sintió apartada a un lado con cierta violencia.

— ¡Delny! — exclamó, alarmada.

El joven no le hizo el menor caso. Saltó hacia delante con tremendo ímpetu y se adentró en una grieta de la pared opuesta.

— ¡Espérame! — gritó Flora.

Ambos llevaban puestos los cascos con lámpara. Flora vio que Saldon se arrojaba sobre un individuo y forcejeaba con él.

— ¡Avisa a los demás, pronto! — gritó el joven. Saldon se dio cuenta de que el desconocido, a quien había visto espiándoles, cuando se disponía a besar a la muchacha, poseía unas fuerzas descomunales. Estaba semidesnudo y su piel era muy resbaladiza, lo cual le impedía asirle con la eficacia que habría deseado.

El hombre, a quien vio una luenga cabellera y una barba que le llegaba hasta el pecho, no hablaba. Además, tenía los ojos cerrados, pero, por lo demás, su aspecto era por completo normal. Su epidermis, sin embargo era blanquísima.

A pesar de sus esfuerzos, Saldon se dio cuenta de que iba a perder la partida. Su adversario se resistía con ahínco.

Para evitar la derrota, se agarró a su tórax con todas sus fuerzas. Oyó de un modo vago los gritos de Flora y luego se dio cuenta de que estaba siendo inexorablemente arrastrado hacia un lugar desconocido.

La grieta se acabó de pronto. Saldon creyó entrever una inmensa oquedad, pero, de pronto, notó que perdía pie.

Rodó por una pronunciada pendiente, agitando frenéticamente brazos y piernas, suelto de su antagonista, que también había caído. El terraplén parecía de tierra apelmazada, aunque resultó inevitable verse envuelto en una gran polvareda.

El casco se desprendió de su cabeza y rodó por la pendiente. De súbito, Saldon notó que el suelo recobraba la horizontal.

Oyó un leve chasquido y a continuación un gemido. Algo le golpeó el costado con fuerza.

Por un momento, se quedó sin respiración. Luego, haciendo un esfuerzo, consiguió sentarse en el suelo.

El casco estaba a unos pasos de distancia. Por fortuna, la lámpara estaba muy bien protegida y continuaba dando luz.

Se arrastró hacia el casco y se lo puso de nuevo en la cabeza. Cuando se acercaba al desconocido, oyó voces en las alturas.

— ¡Delny! ¡Delny!

Era Flora. Saldon divisó los puntos luminosos de varias lámparas a cincuenta o sesenta metros de distancia.

— Estoy bien — contestó.

— Espere ahí — gritó Ciphor —. Ahora bajamos.

Saldon se puso en pie y se apoyó las manos en los riñones, doloridos a consecuencia del golpe. Luego bajó la vista.

El desconocido yacía en el suelo, a cuatro pasos.

Una roca sobresalía de la tierra. Saldon comprendió que se había golpeado la cabeza al terminar su descenso, perdiendo el conocimiento.

Se arrodilló junto a él y le puso la mano en el pecho.

Flora, Ciphor y los demás, llegaron en aquel instante.

— ¡Cielos! —exclamó el profesor— ¡Un habitante de las cavernas!

— ¿Ha muerto? — preguntó Krissatov.

— No. Sólo está desmayado. Recibió un golpe en la cabeza — contestó el joven.

Flora se arrodilló al lado del desconocido y le examinó con infinita atención.

Luego miró al joven, decepcionada.

— No es Bert — dijo.

El desconocido respiraba con regularidad. Lozano, con sentido práctico, derramó sobre su cara el contenido de una cantimplora.

El troglodita se agitó un poco. Luego se sentó en el suelo y movió la cabeza a derecha e izquierda, emitiendo unos cortos y

débiles chillidos, apenas audibles. Sus ojos, sin embargo, seguían cerrados.

— Le hace daño el resplandor de nuestras lámparas — opinó el profesor.

— ¿Es posible que puedan vivir en un ambiente sin luz? — preguntó Saldon.

Los labios del troglodita seguían moviéndose, aunque ahora ya no emitían ningún sonido. Saldon se dio cuenta de que su rostro se movía sucesivamente en dirección a cada uno de los expedicionarios.

— No quisiera pecar de presumido — dijo —, pero si este individuo, por la influencia de su medio ambiente, carece de visión, en cambio ha desarrollado otras formas de digamos hallar y soslayar obstáculos y aun de comunicarse con sus congéneres.

— ¿Qué tratas de decimos, Delny? — preguntó Flora.

— Ultrasonidos.

Hubo un momento de silencio.

— Es muy posible —admitió Ciphor al cabo—. A fin de cuentas, no sería el único ser vivo que posee esa facultad.

— Los murciélagos se orientan en la oscuridad mediante esa especie de radar natural que les ha provisto la naturaleza —dijo Krissatov—. Por tanto, es muy posible que, a lo largo de generaciones, los trogloditas hayan llegado a desarrollar también una facultad semejante, por simple acomodación al «habitat» en que deben moverse.

— Una mutación natural — dijo Saldon.

— En efecto.

— ¿Por qué no prueban a hablarle? — sugirió Flora.

De pronto, el desconocido se puso en pie.

Todos pudieron observar su notable estatura y la reciedumbre de su cuerpo, notablemente bien conformado. El hombre les «miró», movió los labios en silencio, y luego, de modo inesperado, se arrodilló en el suelo y escribió algo sobre la arena con el dedo índice.

Eran unos caracteres muy toscos, pero perfectamente legibles.

Ciphor se quedó pasmado.

— ¡Dios mío! ¡Sabe escribir!

Absorta, Flora leyó las letras que componían una palabra.

— Nared — dijo en voz alta.

El troglodita movió la cabeza en gesto afirmativo, a la vez que se señalaba el pecho

— Se llama Nared — dedujo Lozano.

Nared volvió a asentir. Luego extendió su mano hacia el otro lado de la caverna.

— Sigámosle — pidió Flora con gran vehemencia.

— Un momento —dijo Saldon—. Parece ser que, ahora sí, Nared nos va a conducir a un sitio donde vive su tribu. En tal caso, y puesto que no da trazas de huir, lo mejor sería que trajésemos nuestros equipos.

— De acuerdo — accedió el profesor —. Quédate tú con él; nosotros volveremos dentro de media hora.

Mientras iban en busca de los equipos, Saldon y Flora intentaron entablar una conversación con Nared, sin conseguir respuestas audibles. Nared parecía ansioso de hablar con ellos, pero no emitía sonidos inteligibles que pudiesen ser captados por los oídos de la pareja.

Treinta minutos más tarde, regresaron los demás. Saldon y Flora tomaron sus equipos.

— Ya podemos marchar, Nared — dijo Saldon.

El troglodita parecía entenderle, porque echó a andar de inmediato.

Atravesaron la caverna, de cuyo suelo surgían algunas columnas pétreas de gran altura. Seguro de sí mismo, sin una sola vacilación, Nared les llevó hasta un pasadizo natural abierto en la pared opuesta, por el que se adentró decidido.

El túnel se hacía muy angosto en algunas partes. Poco a poco, sin embargo, se fue ensanchando, aunque su final no se divisaba todavía.

El cansancio había desaparecido de los expedicionarios, de quienes se había apoderado una excitación sin límites.

Por fin, cuando llevaban casi una hora de marcha, Saldon, que caminaba en cabeza, junto a Nared, divisó a los lejos un vago resplandor.

El joven intuyó que el misterio que tanto les había preocupado estaba a punto de desvelarse.

— ¿Qué es esa luz, Delny? — preguntó Flora.

— Ahora lo sabremos. Ten un poco de paciencia.

Tomó su mano. Ella correspondió con un suave apretón.

El resplandor se acentuó, aunque no demasiado. Casi de repente, llegaron al final del túnel.

Entonces, los ojos de los expedicionarios contemplaron un espectáculo increíble, fabuloso, como ninguno de ellos, Delny Saldon incluido, se hubiera atrevido a sospechar siquiera.

Pero Flora no contempló el paisaje durante mucho tiempo. Sus

ojos acababan de divisar a una persona a quien creía muerta.

— ¡Bert! ¡Bert! — gritó.

Saldon se puso rígido.

Bert Woamas vivía. ¿Cómo era posible?, se preguntó.

Su atención se desvió de pronto del hermano de Flora.

— Vandervreuch — dijo.

Lozano dejó escapar una exclamación de cólera.

— ¡Maldito! ¡Dije que...!

Saldon extendió un brazo.

— No lo toques, Juan —aconsejó—. Por ahora, y por fortuna para nosotros, no puede hacernos nada.

CAPÍTULO XII

La caverna tenía unas dimensiones grandiosas, espectaculares.

Era tan grande, que no se divisaban sus límites, ni por arriba ni a nivel del suelo, ni aun siquiera con ayuda de las lámparas. Columnas de un mineral brillante, que parecía cristalizado, y que despedía unos destellos irisados de singular belleza, surgían del suelo, alcanzando en ocasiones alturas de docenas de metros.

Había muchas columnas. Algunas adoptaban las más variadas formas; otras tenían una sección prismática exagonal, perfectamente regular. Pero todas eran cristalinas, de una pureza y transparencia ilimitadas.

A lo lejos, a una distancia que la penumbra impedía calcular correctamente, una gran cascada de un líquido espeso, humeante, de color rojo oscuro, se desplomaba en medio de un gran silencio. Reinaba una agradable temperatura y ello hizo que Saldon dedujera se trataba de una corriente de lava fundida, la cual proporcionaba luz y calor al mundo subterráneo en que se hallaban.

La tenue claridad que reinaba permitía, sin embargo, divisar valles y montañas, aunque no de excesiva profundidad o altura, por entre medio de los cuales corrían arroyos de aguas humeantes en su mayoría. La temperatura ambiente era superior a la normal registrada hasta entonces, pero no causaba grandes molestias.

Con enorme asombro, los expedicionarios divisaron vegetales.

— Es increíble, increíble — murmuraba el profesor Ciphor una y otra vez.

Las plantas adoptaban formas fantásticas y se arrastraban por el suelo o se elevaban a cierta altura, enroscándose algunas de ellas en las columnas cristalinas, como si hieran enredaderas de hojas gigantes. Su color oscilaba entre un granate vivido, casi negro, y un blanco absoluto, ligeramente azulino en algunos casos.

— No hay ninguna planta verde — observó Lozano, como buen granjero.

— Falta el sol, que estimula la producción de la clorofila — explicó Ciphor.

Nared espiaba sus reacciones, como si les mirase, pero continuando con los párpados cerrados. Flora vacilaba. No sabía si permanecer quieta o correr hacia su hermano, que permanecía inmóvil a una quincena de pasos de distancia.

Bert Woamas no estaba solo. Había más seres humanos en aquel

mundo subterráneo.

Hombres y mujeres.

Algunas de las mujeres eran jóvenes y hermosas. Su pelo, como el de Nared y, en general, el de todos los trogloditas, era casi blanco, de un gris muy claro en muchos casos. Ellas se cubrían lo más indispensable con unos ropajes sucintos, hechos, al parecer, de fibras vegetales entrelazadas.

Pero, aparte de la piel sin color, todos los trogloditas tenían una característica común.

— ¿Son ciegos? — preguntó Saldon a media voz.

— Posiblemente, sólo tienen atrofiado el sentido de la vista. Aquí abajo, en las tinieblas, no les hace falta para nada, a decir verdad — contestó Ciphor.

Flora no se pudo contener más y echó a correr hacia su hermano.

— ¡Bert! — llamó.

Woamas se puso en pie. Hasta entonces, había permanecido sentado en una piedra, junto a una hermosa joven de cabellos blancos, que le llegaban hasta más abajo de la cintura. Saldon se dio cuenta entonces de que el hermano de Flora necesitaba apoyarse en un cayado, hecho seguramente con alguna rama procedente de un vegetal subterráneo.

Flora se detuvo a dos pasos de su hermano.

— Bert — repitió.

— ¿Eres tú, Flora? —preguntó Woamas.

La muchacha se puso una mano en la boca.

—¡No puede ser! —gritó—. ¡Delny, está ciego!

Woamas sonrió. Tenía los párpados cerrados, pero los abrió un poco.

— No, no estoy ciego, pero ¿de qué me sirve la vista aquí? —contestó—. Por favor, noto que hay muchas lámparas encendidas. ¿Quieren apagarlas?

— Háganlo — aconsejó Saldon a media voz.

Las luces se extinguieron y sólo quedó la penumbra que proporcionaba el distante manantial de lava. Para los que venían de la superficie, les pareció que era la oscuridad casi absoluta.

Sin embargo, las columnas de cristal proporcionaban un suplemento de iluminación, al refractar los rayos luminosos que llegaban desde la catarata de lava. El espectáculo, haciendo abstracción de aquellos singulares habitantes de las profundidades, era maravilloso.

Woamas volvió a sonreír.

— Así está mejor —dijo—. Gracias a todos y... Creo haber oído pronunciar el nombre de mi amigo Delny.

— Estoy aquí, Bert — contestó el aludido.

Woamas extendió la mano hacia él.

— Pensé que volverías un día — expresó —. aunque nunca pude suponer que lo harías en compañía de mi hermana.

— El profesor Ciphor también ha venido. Y su ayudante Jim Krissatov, así como unos buenos amigos...

— Lo sé —sonrió Bert—. Hace tiempo que tenemos noticia de vuestros progresos. Puede que les parezca mentira, pero aquí bajo estamos muy bien informados de lo que ocurre más arriba.

— ¿También en la superficie? — preguntó Ciphor.

Woamas enarcó las cejas.

— A los habitantes del mundo subterráneo no les interesa lo que sucede fuera — explicó.

— Entonces, no cabe duda de que son muy felices — expresó Ciphor.

— ¿Por qué, profesor?

— Es posible que te parezca un tanto raro — dijo Flora—, pero, en un principio, esta expedición no se organizó por buscarte, pese a que lo intenté después de que Delny hubo regresado.

— ¡Buen muchacho! — alabó Woamas —. Sabía que lo conseguirías, Delny.

— Cuando Flora me lo propuso, yo me negué — expresó el aludido—. El viaje de vuelta no tuvo nada de agradable. Pasé muchos meses recobrando mi salud, Bert.

— Me lo imagino. ¿Tenías algo más que decirme, Flora?

— Sí. Nos refugiamos en las profundidades, porque la superficie del planeta se ha hecho inhabitable — contestó la muchacha.

Woamas se sorprendió.

— ¿Qué ha ocurrido? ¿Alguna extraña epidemia que...?

— No — dijo Ciphor —. La temperatura del sol ha aumentado enormemente y la vida en la superficie es imposible... para hombres, animales y plantas.

Hubo un momento de silencio. Luego, Woamas dijo:

— Permítanme que me siente. La pierna no me funciona bien todavía.

Los trogloditas permanecían en silencio, aunque era una actitud más bien aparente. Saldon les vio mover rápidamente los labios.

—¿Carecen también de órganos de fonación, Bert? — preguntó.

— No, pero los tienen muy atrofiados. Hablan entre sí por medio de ultrasonidos. Yo estoy aprendiendo su lenguaje, aunque resulto

un discípulo muy torpe. — sonrió el hermano de Flora.

— ¿Y puedes moverte por aquí con los ojos cerrados?

— También estoy en mi período de aprendizaje. No obstante, es cosa que me costará mucho, hasta tanto no tenga la pierna en perfectas condiciones.

— En mi juventud, yo obtuve el grado de doctor en Medicina —manifestó Ciphor—. Luego te examinaré el miembro, Bert.

— Como quiera, profesor, aunque no podrá hacer ya mucho más que lo que han hecho estos buenos amigos.

— ¿Te recogieron ellos? — preguntó Flora.

— Sí. Yo me había resignado ya a morir. Delny no podía hacer nada más por mí. Le ordené que me abandonara. Y le di la orden por escrito, en mi calidad de jefe de la expedición.

Flora se volvió hacia el joven.

— Tú no mencionaste nada de eso — dijo.

— ¿Era necesario? —murmuró Saldon con amargura—. Me sentía avergonzado...

— ¿Qué hiciste del documento?

— Lo quemé, Flora.

— Eso no importa ahora — terció Ciphor —. Son cuestiones secundarias, que no pueden proporcionarnos ninguna ventaja. Dime, Bert, aparte de la lesión en la pierna, ¿has padecido aquí abajo otras incomodidades?

— No, salvo las ineludibles de mi adaptación a este género de vida. Pero supe ser paciente y resignarme con mi suerte. Pensaba quedarme aquí... con Dylia.

— ¿Quién es Dylia? — preguntó su hermana.

Woamas sonrió. Alargó el brazo y atrajo hacia sí a la hermosa troglodita, en cuyos pálidos labios se dibujó una sonrisa de satisfacción.

— Mi esposa —contestó—. Me casé con ella con arreglo a sus ritos.

Flora inspiró con fuerza.

— Te felicito — dijo un tanto secamente.

— ¿Estás molesta? — sonrió Woamas.

Ella movió la cabeza.

— No. Sorprendida, más bien, pero tienes edad suficiente para saber lo que te haces. Sin embargo...

— ¿Por qué te interrumpes, hermana? — preguntó Woamas.

— Un día u otro podremos volver a la superficie. La actividad extraordinaria del sol cesará y volverán las temperaturas ordinarias. ¿Te quedarás aquí o vendrás con nosotros allá arriba?

— No lo sé — contestó Woamas —. Éste es un problema que no me había planteado siquiera. Francamente, pensaba que alguien podría tener la ocurrencia de emprender un viaje a las profundidades, pero lo estimaba como una cosa remota, más bien un sueño que no esperaba ver realizado. Ahora — añadió —, tendré que estudiar mi futura conducta, sobre todo, teniendo en cuenta que la vida en la superficie no será mucho más cómoda que aquí abajo.

— En eso tiene razón — exclamó Juan —. Sin embargo, arriba volverá a lucir el sol un día u otro.

— A mí me costará mucho adaptarme a su resplandor — dijo Woamas—. En cuanto a mis amigos, lo dudo... suponiendo que quieran abandonar su mundo.

— Ése es otro asunto que se resolverá en el momento oportuno —dijo el profesor—. ¿Son muchos, Bert?

— No he podido contarlos, pero creo que su número oscila entre treinta y cuarenta mil. Parece ser que en el pasado existieron muchos más, pero se produjo una gran catástrofe, el hundimiento de una parte de esta caverna, creo, y murieron a millares.

— Tuvieron que venir de allá arriba, ¿no es cierto? — preguntó Saldon.

— Creo que hace unos setecientos años, un grupo de personas abandonó la superficie, convencidos de que se avecinaba el fin del mundo. Pertenecían a una extraña secta, cuyas creencias se han ido perdiendo con el tiempo. Éstos son sus descendientes y, al verse obligados a vivir en las tinieblas, han desarrollado otros órganos corporales que les permiten una mayor facilidad en sus movimientos y relaciones.

— Ultrasonidos, ¿no? — dijo Krissatov.

Woamas sonrió.

— Así es. Yo empiezo ahora a desarrollar esa facultad, aunque, créanme, resulta muy difícil. Pero uno se adentra entonces en un mundo fascinante, desconocido, que hace olvidar por completo al que dejó atrás.

— Imagino que los trogloditas deben de conocer infinidad de pasadizos en el macizo rocoso —expresó Saldon—. Su facultad de emitir y percibir los ultrasonidos les sirve para guiarse con absoluta seguridad, ¿no es así?

— Cierto —contestó el hermano de Flora—. Por eso descubrimos hace meses vuestra presencia.

— Y nos guiaron hasta aquí. Y nos llevaron fuego.

— En efecto.

Saldon volvió los ojos hacia Vandervreuch, que permanecía a un lado, sentado en el suelo y con los pies unidos por unas ligaduras que se enroscaban en torno a sus tobillos, aunque permitiéndoles una separación de sesenta o setenta centímetros.

— Y también apresaron a ese sujeto, cuando se disponía a abandonarnos — añadió.

— Exacto. Su acompañante tuvo que ser muerto, pero a él nos lo trajimos aquí. Su suerte está en vuestras manos, Delny; vosotros sois los ofendidos.

Vandervreuch dejó escapar una risita sarcástica.

— Aquí no se vive mal —replicó con cinismo—, salvo por la alimentación, que resulta un tanto monótona. Pero yo podría comprar mi libertad, si ustedes aceptasen un trato.

Flora miró con disgusto al sujeto.

— ¿Un trato con usted, asesino? Agradezca que le respetamos la vida — contestó con gran vehemencia.

Vandervreuch se encogió de hombros.

— Ustedes se lo pierden. En cuanto a mí —manifestó—, pienso ser rico. Muchísimo más de lo que hubiera sido en el exterior.

— ¿Cree que, en el futuro, las riquezas tendrán, influencia en nuestra forma de vivir, después de la catástrofe? — preguntó Saldon.

— Ya lo creo —contestó el traficante—. Cuando no se había inventado la moneda, las conchas eran riqueza. Todo depende del material que se emplee como unidad para el intercambio.

— ¿Ha establecido aquí alguna fábrica de billetes? — preguntó Lozano irónicamente.

Vandervreuch se puso en pie.

— No. Algo mucho mejor — contestó.

En medio de la expectación de todos los presentes, se acercó a una enorme columna prismática, que medía más de veinte metros de altura por tres o cuatro de grueso.

Sonreía cuando miraba a los expedicionarios. Disparó el dedo índice y golpeó la columna.

Un sonido musical, de maravillosas tonalidades, se extendió diáfanamente por el abismo. Vandervreuch seguía sonriendo.

— Adivinen lo que es — dijo enigmáticamente.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Ciphor dijo:

— Yo lo he adivinado desde el principio. Pero, para mí, y espero que también para mis compañeros, no es más que un curioso y admirable fenómeno, que no puede resolvernos nada práctico. Puede quedarse con la columna entera, Vandervreuch. Con todas las

columnas, si así le apetece.

Extendió la mano y le apartó a un lado con desprecio.

— Bert —dijo—, ¿puedo examinar a tu esposa un momento?

—Claro que sí, profesor.

Woamas se volvió hacia Dylia y movió los labios, aunque con evidente torpeza. Ella parecía escucharle con toda atención.

Al terminar, Dylia movió la cabeza en gesto afirmativo.

Ciphor tomó a la joven por los hombros y la hizo ponerse en pie, cara al resplandor. Luego, con dos dedos, delicadamente, separó los párpados del ojo derecho.

Dylia se estremeció, aunque no movió los labios. Saldon pudo apreciar que la pupila de la joven troglodita era muy clara, apenas inexistente.

Durante unos momentos, reinó en aquel lugar un silencio absoluto.

Al fin, Ciphor habló:

— Sería cuestión de un largo período de reeducación, más mental que física, aunque ésta tendría también una parte muy importante.

— ¿Quiere decir que podrían ver? — preguntó Woamas.

— Bueno, si se esforzasen un poco y supieran dominar el temor que les produce la luz... Aquí hemos hallado peces ciegos, pero éstos tienen una antigüedad de millones de años y, además, carecen de la inteligencia necesaria para realizar per se el esfuerzo de adaptación. No obstante, es algo que no se puede intentar sin su aquiescencia, quiero decir, que si ellos no desean abandonar su mundo, no podremos intentar la experiencia.

Woamas se volvió hacia Dylia y «habló» rápidamente con ella. A veces, emitía sonidos audibles, pero se esforzaba en corregirse.

Dylia sonrió, a la vez que asentía.

El hermano de Flora sonrió.

— Dice que lo intentará, profesor — contestó al cabo.

— ¡Magnífico! — exclamó Saldon.

— ¿Y yo? — preguntó Vandervreuch.

— ¡Váyase al diablo! — le apostrofó Lozano. Y con acento sarcástico, agregó—: Por cierto, que a la profundidad que nos hallamos, no puede estar muy lejos.

CAPÍTULO XIII

Los expedicionarios empezaron a adaptarse a la vida subterránea.

Krissatov y Ana se habían hecho muy amigos de Nared y su esposa. Ambos se esforzaban por aprender el lenguaje ultrasónico, y aunque los comienzos no podían ser más desalentadores, ellos persistían tenazmente en su aprendizaje.

Juan, como buen granjero, se dedicaba al estudio de los extraños vegetales que crecían en las profundidades, ayudado por su esposa. Reconoció en ellos muchas características de algunas plantas de la superficie, las cuales habían cambiado de forma al adaptarse a la vida subterránea.

En cuanto a Ciphor, su atención estaba ocupaba casi por entero en la reeducación visual de Dylia y algunos cuantos trogloditas. más.

— Nacen con una vista normal, pero les enseñan a no usarla desde pequeños —dijo, semanas más tarde—. Es preciso que desterremos de su ánimo esa fotofobia que, lógicamente, tiene una base en la falta casi absoluta de luz que reina aquí abajo.

Hacía experimentos con una lámpara, cuya luminosidad era reducida al mínimo, y asimismo procuraba estimular en los trogloditas el hábito de producir sonidos audibles.

— Tengo tiempo de sobra — decía, muy satisfecho de haber hallado una ocupación que le absorbía buena parte de sus horas.

La pierna de Bert iba curando lentamente. Era el miembro que más había padecido, y Saldon, que recordaba muy bien la lesión, aún no conseguía explicarse cómo los trogloditas le habían salvado la pierna.

—Yo tampoco recuerdo mucho —le dijo Woamas un día—. Perdí el sentido, después que te hubiste alejado, y cuando lo recobré me encontraba ya aquí. Sé que emplearon unos emplastos de hierbas, que envolvían un barro especial... pero no puedo explicar nada más.

— Una medicina empírica observó Saldon —, aunque no por ello menos efectiva. Incluso es posible que el barro tuviese propiedades radiactivas.

— Tal vez —convino Woamas—, pero el caso es que me curé.

A Vandervreuch le habían quitado las ligaduras y se movía libremente de un lado para otro. Los trogloditas le evitaban y en

cuanto a los expedicionarios, le habían hecho el vacío, cosa que al belga, por otra parte, no parecía molestarse demasiado.

De cuando en cuando, oían algún vibrante tañido musical.

Saldon se imaginaba lo que estaba haciendo el traficante.

— De nada le servirá —dijo a Flora un día—. ¿A quién venderá diamantes en la superficie?

— Está obsesionado por esas columnas de diamante puro — sonrió la joven —. Es inútil que tratemos de arrancar esa idea fija de su cabeza.

— Lo mejor será que dejemos de ocuparnos de él, Flora.

— Sí, hablar de ese tipo, es perder el tiempo — convino la muchacha.

Un par de semanas más tarde, Saldon realizó un viaje hasta la catarata de lava.

Deploró no haber llevado consigo una cámara fotográfica. Era un elemento del que habían prescindido, por no estimarlo necesario para su supervivencia.

El calor era intensísimo a varios kilómetros de distancia. Saldon se acercó hasta que no pudo resistirlo más.

Era un torrente de piedra fundida que brotaba de un orificio enorme abierto en uno de los muros de la colosal caverna y corría luego lentamente por un profundo canal durante varios millares de metros, hasta desplomarse en un abismo de profundidades inimaginables.

El suelo estaba calcinado en las inmediaciones. Saldon observó el fluir de la corriente de lava desde un altozano situado a unos quinientos o seiscientos metros de altura.

El canal era muy profundo y no se podía pasar al otro lado por ninguna parte. El borde en que se encontraba el joven formaba como una especie de terraplén, de pendiente bastante pronunciada y de forma muy regular. El suelo de la caverna, en general, se hallaba a superior nivel que la corriente de lava.

Los días transcurrían lentamente.

Ciphor hacía progresos satisfactorios. Dylia, Nared y algunos otros trogloditas iban venciendo ya su resistencia a tener los ojos continuamente cerrados, aunque no podían soportar aún el resplandor de una lámpara, ni siquiera encendida al mínimo de su potencia.

— Sin embargo —dijo Ciphor dos meses más tarde—, cuando regresemos a la superficie, ellos tendrán una ventaja para terminar de adaptarse.

— ¿Qué ventaja, profesor? — preguntó Flora.

— Toda el agua del globo se habrá evaporado y formará una espesísima capa de nubes en torno al mismo.

— Lo cual quiere decir que durante meses no veremos el sol — opinó Saldon.

— Años, quizá. Hasta que haya acabado el inevitable período de lluvias que se producirá en cuanto empiece el descenso de temperatura.

— Un nuevo diluvio — sonrió la joven.

— Pero los seres humanos empezaron a morir antes — dijo Saldon con acento sombrío.

Flora le puso una mano sobre el brazo. Le miró con expresión afectuosa.

— Es cierto —dijo—. Sin embargo, la Tierra volverá a ser habitada de nuevo. Pasarán los años y esta catástrofe se convertirá en historia, que tal vez más adelante se trueque en leyenda...

Vandervreuch pasó en aquel momento junto a la pareja.

El belga parecía muy satisfecho.

— Hola — saludó alegremente.

Flora apretó los labios. Saldon contestó con otro «Hola» de puro compromiso.

Vandervreuch traía algo en la mano, oculto con un trozo de tejido de fibras vegetales.

— ¿Qué les parece? —preguntó, destapando el objeto—. Purísimo, sin una sola tacha...

Era un diamante en forma de prisma exagonal, que apenas cabía en su mano.

— Esas columnas diamantíferas tienen una propiedad singular —explicó el sujeto—. Al golpearlas, se rompen en fragmentos perfectamente regulares. Nunca había visto una cosa semejante, créanme.

Saldon se enfrentó con el belga.

— Dígame, señor Vandervreuch, ¿piensa volver a la superficie?

— ¡Ya lo creo! —contestó el sujeto con aire de suficiencia—. Eso es algo que no se puede dudar siquiera.

— Parece ser que piensa emplear esos diamantes como elementos de intercambio. ¿Quién aceptará un trozo de carbono cristalizado a cambio de un par de lechugas?

Las facciones del belga se contrajeron.

— La gente es igual en todas partes y en todas épocas —contestó —. Al cabo, terminarán por venir a mí.

— ¿Y qué comerá mientras tanto? ¿Cuántos kilos será capaz de cargar durante los tres mil seiscientos kilómetros largos que nos

separan de la superficie? ¿Cuál de nosotros aceptará un solo quilate de esos diamantes a cambio de una simple tableta de alimento?

Vandervreuch se quedó parado.

— Eso es cuenta mía —farfulló—. Soy fuerte todavía y... ¡Miren!

Había cerca de ellos una hermosa columna, que despedía fulgores irisados de gran belleza. Vandervreuch sacó de su cinturón una especie de martillo hecho con una gran piedra y un trozo de rama seca y golpeó la columna.

Un gran trozo de diamante se desprendió en el acto, con una nota musical que vibró largamente en el ambiente. Vandervreuch se inclinó a recoger el trozo de diamante, pero en aquel instante ocurrió algo inesperado.

La vibración musical proseguía, aumentando en intensidad. El belga se incorporó, asustado de repente.

De pronto, la columna se deshizo en millones de minúsculos fragmentos, que rodaron por el suelo, como copos de nieve sólida. Los diamantes que Vandervreuch tenía aún en la mano se fragmentaron también.

— ¿Qué pasa? — gritó el belga.

El suelo vibró sordamente. Una tras otra, las columnas se deshacían en infinidad de trozos, ninguno mayor que la cabeza de un alfiler.

Una gran roca se movió no lejos de allí, rodó con sordo fragor una decena de metros y se detuvo al cabo.

La tierra continuaba temblando. De pronto, Saldon y Flora se sintieron arrojados al suelo con inenarrable violencia.

Vandervreuch cayó también.

— ¡Socorro! — gritó, lívido de miedo.

— ¡Delny! ¿Qué es lo que sucede? — exclamó Flora, llena de espanto.

El suelo se agitaba y ondulaba convulsivamente. A lo lejos, una enorme columna de negro basalto se inclinó y cayó con tremendo estrépito.

— ¡Mira! — gritó Saldon.

La cascada de lava se agitaba también, como sacudida por un viento tormentoso de potencia inimaginable. De pronto, Saldon y Flora empezaron a rodar por el suelo.

— ¡Delny, Delny! — gritó la joven asustada.

Saldon consiguió agarrarse a una roca con la mano derecha. Estiró la izquierda y atrapó el brazo de Flora, justo en el momento en que la muchacha se iba a despeñar por el borde de una grieta que se había abierto de súbito en aquel lugar.

El suelo seguía vibrando. Un enorme fragmento de piedra, que pesaría varios centenares de toneladas, se desprendió del invisible techo de la caverna y cayó sobre el torrente de lava.

Enormes chorros de material fundido saltaron en todas direcciones. Luego, por un momento, pareció que el movimiento sísmico amainaba en su terrorífica violencia.

Algunas columnas de diamante subsistían todavía. Vandervreuch, ciego, obsesionado, llorando auténticas lágrimas de decepción, corrió hacia una de las columnas y se abrazó a ella presa del frenesí.

Mientras, Saldon había conseguido situar a Flora en lugar relativamente seguro. Flora contempló con ojos de pasmo la incongruente acción del rufián.

— Se ha vuelto loco, Delny — exclamó.

— ¡Mis diamantes, mis diamantes! — gemía Vandervreuch.

Un profundo trueno llegó de las profundidades de la tierra.

— ¡Agárrate bien, Flora! — aconsejó Saldon a gritos.

El ruido era ensordecedor. De nuevo se produjo otra tremenda sacudida sísmica.

De repente, se oyó un alarido desgarrador.

Pese a la crítica situación en que se hallaban, Saldon y Flora no pudieron evitar volver los ojos hacia el lugar donde se hallaba el belga.

La columna de diamante había desaparecido. Sólo había un montón de color blanco en el sitio donde había estado su base.

Vandervreuch se volvió hacia ellos. Flora dejó escapar un alarido de horror.

La cara y el cuerpo del belga eran una pura masa sanguinolenta. Miles y miles de fragmentos de diamante se habían incrustado en su carne, en íntimo contacto con la columna en el momento de producirse el vibrador estallido que la había desintegrado.

El belga dio unos pasos ciegos, a la vez que emitía unos sonidos inarticulados. De pronto, cayó de bruces, se agitó unas cuantas veces y acabó por quedarse inmóvil.

Saldon estrechó a la joven entre sus brazos. Cerró los ojos un instante, mientras el suelo continuaba trepidando bajo ellos.

— Ha recibido su justo castigo —, murmuró.

Los movimientos sísmicos duraron días enteros antes de que el suelo recobrase su perdida firmeza, pero no así su anterior nivel.

Ahora estaba inclinado. Ciphor encontró bien pronto la solución de aquel extraño fenómeno.

— Los hielos polares, al fundirse, han provocado un cambio en

el equilibrio del planeta. Ahora, el eje de la Tierra ocupa otra nueva posición.

— Lo cual significa que cuando todo vuelva a la normalidad, los polos habrán sido desplazados — opinó Saldon.

— En efecto. Pero habrá sitio de sobra para todos. Buscaremos regiones cálidas y allí viviremos para reiniciar otra etapa de la Humanidad. Anularemos este retroceso, con la ayuda de Dios — concluyó Ciphor reverentemente.

EPÍLOGO

Llovía en abundancia.

Menudos arroyuelos corrían por todas partes. El ambiente era aún húmedo y sofocante.

Reinaba una gris penumbra. El suelo, pese a estar completamente mojado, presentaba aún rastros de la devastación sufrida.

No se veía ni un arbusto, ni una planta, ni el más pequeño matojo. Tan sólo, de cuando en cuando, un árbol carbonizado levantaba sus negras y desnudas ramas al cielo, clamando con silencioso patetismo por el fin de un castigo.

Delny Saldon dio dos pasos en el exterior. Levantó la cabeza y dejó que la lluvia le mojase el rostro.

Tras él, Flora, Ciphor, Juan y Rosalía, Krissatov y Ana, Bert y Dylia y muchos trogloditas, empezaron a asomar al exterior.

Salían al mundo que debían reconstruir.

— Pero nuestros elementos son tan escasos — dijo Saldon, desanimado, contemplando el yerto paisaje que les rodeaba.

Krissatov llevaba la radio, que habían encontrado a su vuelta.

— Con esto nos pondremos en contacto con los supervivientes — dijo —. Será cuestión de paciencia, pero alguien acabará por contestar.

Saldon se volvió hacia Ciphor.

— Profesor, ¿resolverá su transformador de proteínas el problema alimenticio?

Ciphor emitió una sonrisa ladina.

— Bueno, de momento, tendremos que contentarnos con sus monótonos aunque útiles servicios. Pero me traje conmigo un seguro de vida... y no lo he perdido.

— ¿Seguro de vida? — se extrañó Flora.

— Así es — sonrió el científico.

Se quitó la mochila y levantó la tapa, extrayendo de su interior el sobre que había estado a punto de olvidarse en el momento de emprender la marcha tres años antes.

— Sí, muchachos, éste es nuestro seguro de vida — exclamó Ciphor, sonriente—. Semillas de las plantas más comunes, perfectamente conservadas al vacío para evitar su germinación. Habrá cien granos de trigo, otras tantas semillas de patata, verduras, legumbres...

Miró en torno suyo.

— La tierra se portará generosamente —dijo en tono profético —. Como nosotros, está deseando anular el retroceso y empezar una nueva era.

Saldon miró a Flora y sonrió. Enlazó el talle de la joven, atrayéndola hacia él.

— Sí, ha llegado el momento de anular el retroceso — murmuró.

El camino hacia el nuevo futuro estaba abierto.

Empezaron a recorrerlo sin pérdida de tiempo.

FIN

Colección
CIENCIA – FICCIÓN

1. LOS ÁTOMOS ENCADENADOS, Clark Carrados
2. EL FUTURO QUEDÓ ATRÁS, Peter Kapra
3. HOMO SÚPER, Law Space
4. MEDUSA, Clark Carrados
5. LAS GARRAS DE OFIR, Peter Kapra
6. EL ESPACIO ES DE TODOS, Clark Carrados
7. SIRENAS EN EL ESPACIO, Luis G. Milk
8. LOS ELEGIDOS, Peter Kapra
9. LA NUBE ROJA, Peter Kapra
10. EL NÚCLEO, C. Sanders
11. MEGÁPOLIS, Clark Carrados
12. DWYN, EL MARCIANO, Peter Kapra

Publicación quincenal   Precio: 12 Ptas.

Colección
AVENTURAS EN EL MAR
JIM KENNY,

el superhéroe de las más violentas
y arriesgadas misiones del contraespionaje
norteamericano,
la única y explosiva ley de las profundidades
submarinas,
JIM KENNY,
el agente secreto-millonario,
en:

1. TERROR BAJO EL MAR
2. UWPS EN ACCIÓN
3. EL MONSTRUO ATÓMICO
4. CORALES HOMICIDAS
5. HA DESAPARECIDO UN SUBMARINO
6. LA HISTORIA DE NIKE PAGE
7. ATLANTA SIGLO XX

Publicación quincenal *Precio: 12 Ptas.*



BEST - SELLERS

DEL

OESTE

Los temas más sugestivos tratados por escritores que conocen aquellas lejanas tierras y muchos de los cuales descienden de los pioneros que edificaron, sobre un mundo de violencia y dureza. una nueva tierra de prosperidad

●

Las situaciones más emocionantes, al lado de tas escenas más llenas de humanidad Una humanidad a veces truculenta y primitiva, propia de una raza que tuvo que crear su propia patria a base de puñetazos y disparos.

Publicación semanal

PRECIO: 17 PESETAS



LAS
MEJORES
OBRAS
DE
LOS
MEJORES
AUTORES
EN EL TEMA
INAGOTABLE
Y SIEMPRE APASIONANTE
DEL OESTE AMERICANO

CICLÓN

una selección de las novelas de más calidad, escogidas entre las de sus autores preferidos.



publicación quincenal
precio: 17. — pesetas

Próximo número:

Era una misión ultrasecreta. Y sin embargo amigos y enemigos la conocían...

TRAIDOR A LA TIERRA

CLARK CARRADOS

Precio: 8 ptas.

